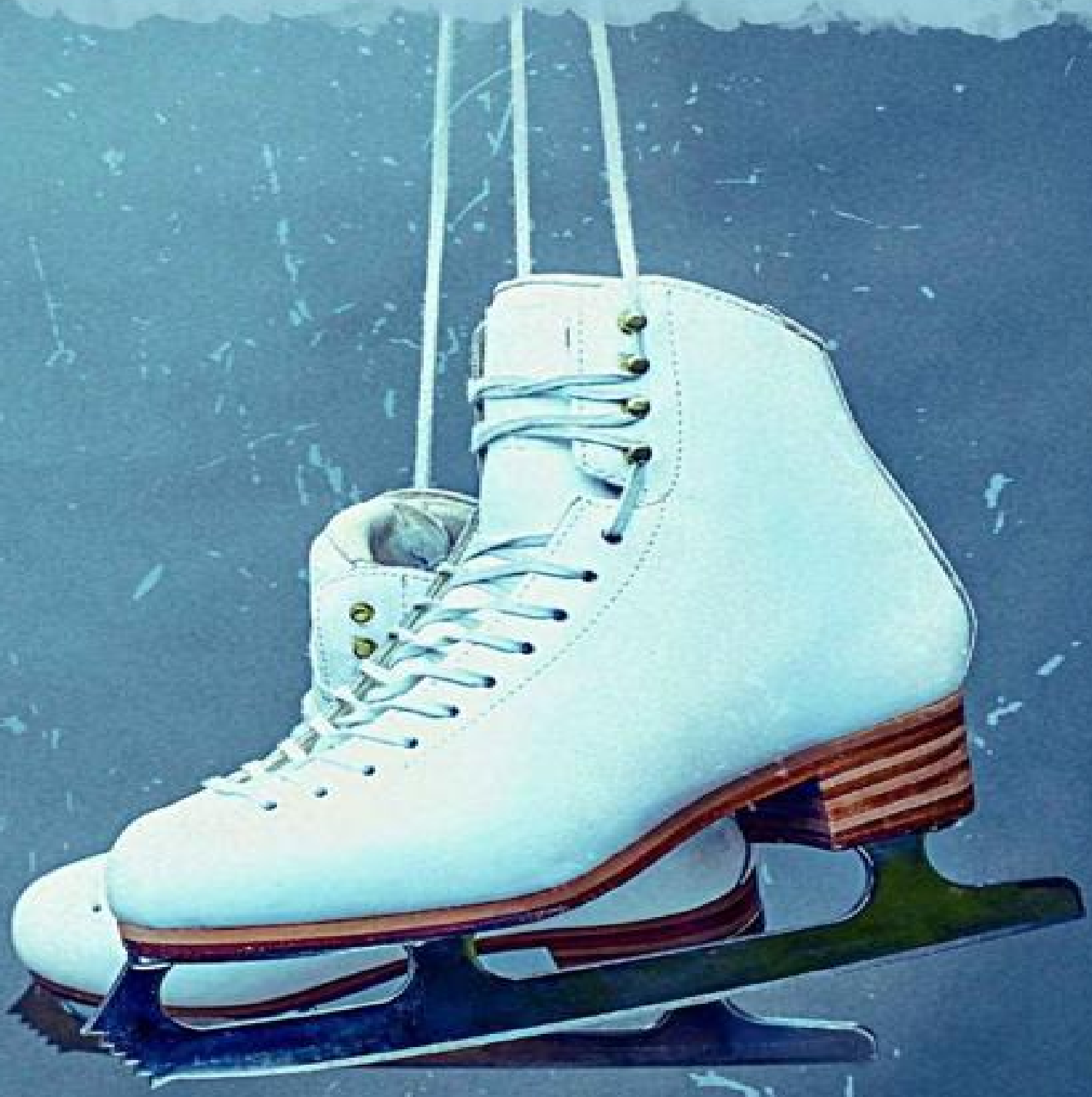
SEBASTIÁN ENDARA CISNEROS



CON LOS PIES EN EL CIELO

CON LOS PIES EN EL CIELO

CON LOS PIES EN EL CIELO

SEBASTIÁN ENDARA CISNEROS

CON LOS PIES EN EL CIELO

Primera edición, 2023
© Sebastián Endara Cisneros, 2023

Revisión: Daniel López Garzón
Fotografía del autor: 6okean. En iStock
Diseño de cubierta: Sebastián Endara Cisneros y Daniel Noboa

Todos los derechos reservados.

Para quienes han sido parte de mi camino.
Los que se fueron, los que están,
y los que vendrán.

Contenido

PREFACIO
CAPÍTULO I. Destino
CAPÍTULO II. Comienzo
CAPÍTULO III. Confesiones
CAPÍTULO IV. Lo imposible
CAPÍTULO V. Compartiendo mundos
CAPÍTULO VI. Pasado
CAPÍTULO VII. Tormenta
CAPÍTULO VIII. Verdad
CAPÍTULO IX. Un amigo a la fuerza
CAPÍTULO X. La noche oscura del alma, con los pies en el infierno
CAPÍTULO XI. Milagros
CAPÍTULO XII. El plan
CAPÍTULO XIII. Un giro inesperado
CAPÍTULO XIV. Anuncio de un final
CAPÍTULO XV. El campamento
CAPÍTULO XVI. La aventura de Bastien. Alemania
CAPÍTULO XVII. La aventura de Bastien. India
CAPÍTULO XVIII. La aventura de Bastien. China
CAPÍTULO XIX. La aventura de Bastien. Francia, el regreso a casa
CAPÍTULO XX. Grandes Esperanzas
CAPÍTULO XXI. Caer en el amor
CAPÍTULO XXII. Soñar a despertar
CAPÍTULO XXIII. El final
EPÍLOGO

PREFACIO

Verano, dos años antes.

Cristóbal se encontraba en Chicago. Hablaba con el padre Joseba quien expresaba una gran tristeza en su rostro. Al parecer, una puñalada de dolor atravesó al sacerdote con las palabras de su viejo amigo.

En Colorado, una adolescente ganaba las competencias estatales de patinaje artístico sobre hielo. Cuan do recibió el trofeo de primer lugar, sus padres fotografiaron y felicitaron a su pequeña hija mientras la abrazaban.

Mientras tanto, un joven peleaba clandestinamente en las jaulas de artes marciales más violentas del estado de Illinois. Rodeado de maleantes, con el sudor brotando de su cabeza y con el odio que sus ojos reflejaban, mató cruelmente a su oponente. La gente observó que las cosas se habían salido de control y un caos envolvió las bodegas ocultas donde se desarrollaban las peleas; todo se tornó de sangre y disparos de armas de fuego. Muchos murieron, y desde esa noche nadie supo dónde estaba el incontrolable muchacho que asesinó a su adversario.

CAPÍTULO I
Destino

Primavera, día presente.

Mi nombre es Debby Scholes, hoy volví a tener esa maldita pesadilla: el coche y esos segundos que destrozaron mi vida.

Hace un tiempo vivía en Colorado con mis padres Mónica y Charles, ellos eran geniales. Mis amigos, la escuela y sobre todo el patinaje en hielo; todo era perfecto.

Aún recuerdo esa noche oscura y nublada en la carretera donde los frenos de nuestro automóvil fallaron, situación que bastó para que mis padres murieran.

Yo, por otro lado, casi pierdo los pies. Prácticamente toda la carrocería los aplastó y cuando me llevaron al hospital el médico dijo que los tendría que amputar desde los tobillos hacia abajo. No soportaba la simple idea de no poder caminar otra vez y de no poder patinar. Pero ocurrió una especie de milagro. Después de una larga cirugía logré conservar mis pies.

Pero las cosas no son fáciles, no puedo caminar por mucho tiempo, llega un momento en que siento un dolor insoportable. El doctor dijo que no patinaría en hielo nunca más.

Quedé huérfana y el único pariente que tengo es mi tío Joseba, un sacerdote de origen español, quien es medio hermano de mi papá y vive en Chicago. Mi tío consiguió los permisos para que pudiera vivir en su casa parroquial, junto a la iglesia de la que él está a cargo, pues era imposible para mí seguir viviendo en mi ciudad natal. El cambio no fue nada agradable, pero no tenía opción: tuve que dejar Colorado Springs y mudarme a Chicago para vivir con mi tío.

—Buenos días, Debby, ¿cómo estás, pequeña?

—Hola, tío —le respondí con la cabeza en dirección al suelo.

—¿Qué tal dormiste? —me preguntó preocupado al ver mi rostro algo triste.

—No muy bien, ese sueño otra vez.

Mi tío sabe que muchas noches tengo la pesadilla que revive el accidente en el que mis padres murieron. Casi siempre despierto en la madrugada con un grito ahogante, con mi rostro lleno de sudor y mis manos temblando. Cada madrugada veo a mis padres riendo en el auto. A mi lado, un trofeo de primer lugar de patinaje. Luego, estoy en casa cenando la receta especial de pescado en salsa de mora que mi madre preparó para disfrutarlo en familia después de mi competencia, cena memorable que nunca sucedió. Y finalmente mi pesadilla se vuelve toda oscura, solo escucho el grito de ellos y los frenos fallidos del viejo auto que se va contra una loma gigante fuera de la carretera.

Mi tío me miró y con su expresión noté que contenía lágrimas reprimidas.

—Sé que es duro, Debby, pero te juro que lo superaremos juntos.

No sé si creerle, he recibido toda clase de consejos de sacerdotes y psicólogos, pero nada me ayuda a seguir adelante… Nada.

—Creo que iré un rato al parque —anuncié—. Solo será un momento.

—¿No quieres que te lleve? Ya sabes… por tus pies.

—No, tío. Estaré bien. Regresaré pronto.

Sinceramente nunca supe por qué sentía que debía ir al parque o recorrer la ciudad aquella mañana. Necesitaba despejarme, era otro día en el que desde hace tiempo estaba sobreviviendo.

Salí de la casa, caminé lentamente y descansaba los pies en cada esquina. La impaciencia y ansiedad me empezaron a invadir. *«Por un demonio con mis malditos pies»*, pensaba.

Desesperadamente y con el enojo más grande, tomé un callejón que creí que era un atajo al parque. Este me llevó a un puente para peatones en un lugar desolado; avancé lentamente y mientras caminaba pude recordar los últimos duros sucesos de mi vida. Las lágrimas salían sin control y la única idea que cruzó por mi cabeza fue lanzarme del puente y poner fin a todo. Al final, solo mi tío Joseba me extrañaría y en el fondo sería un alivio para él dejar de lidiar con mi vida y estar a mi cuidado, pues él ya tenía su vida establecida como sacerdote y su deprimida sobrina casi discapacitada lo distraía de sus obligaciones.

—Solo quiero estar con mis padres —susurré.

Decididamente subí la barra del alto puente, y cuando iba a lanzarme, algo sujetó mi brazo; un chico apuesto, alto y rubio me detuvo.

—Por favor, no lo hagas —me dijo en tono suave.

—¡Déjame! Debo poner fin a todo —le grité—. No te entrometas.

—No te dejaré hacerlo —me respondió muy firme. Me cargó en sus hombros y me bajó del puente, aunque puse resistencia; él era más fuerte y no pude hacer nada. A pesar de que sentí que logré golpearlo con mis brazos muy duro en su espalda, era tan grande que obviamente no sintió ni siquiera unas cosquillas.

—Caminemos rumbo al callejón y me contarás todo, yo puedo ayudarte —me dijo dulcemente con su gruesa voz.

En ese momento mi mente estaba en blanco y le hice caso. Fue como una explosión de energía emocional la que necesité para subir al puente, por ello me sentía mareada y agotada. Una vez en el callejón, sigilosamente se acercó, empezó a besarme y a la fuerza quiso desprenderme la blusa morada que llevaba puesta.

—¡Auxilio! ¿Qué diablos estás haciendo? —grité desesperadamente, pues jamás se me ocurrió considerar que me quería hacer daño de esa manera, yo ni siquiera estaba pensando. Todo era un *shock* muy fuerte y tan parecido a mis pesadillas nocturnas que ya dudaba si realmente aquello me estaba sucediendo.

—No puedes hacer nada, eres mía —dijo pausadamente con una voz lenta y confundida. Ahora podía ver su rostro pálido con ojos rojos que un momento atrás no lo había notado.

Era repugnante y lo único que hice fue poner resistencia, pero en el fondo sabía que él tenía razón: no podía escapar. Era literalmente un callejón de lo más apartado de las calles y de la gente, solo a alguien como a mí se le ocurriría adentrarse en ese lugar de mala muerte, similar a los callejones de las películas de Nueva York donde atrapan a los buenos en manos de los villanos.

De repente, sin saber cómo, el hombre que salvó mi vida para desgraciarla aún más se encontraba en el suelo. Detrás de él, otro muchacho fornido, muy blanco, con cabello y ojos oscuros, que llamaba la atención por una cola de caballo en su peinado, lo empezó a golpear. Vi que el rostro de aquel maldito violador sangraba, y rápidamente el chico que me protegió cargó mi cuerpo en sus hombros y huimos del lugar.

Lo único que hacía era llorar. «*Dios, casi me violan*», pensé.

—¿Por qué estabas con él? —preguntó el hombre que me estaba rescatando.

—Él me, me… —empecé a tartamudear mientras temblaba.

—No te preocupes —me respondió enseguida al darse cuenta del estado en el que me encontraba.

—¡Allá están, alcáncenlos! —se escuchó una voz a lo lejos, por lo visto había más sujetos malos.

—Será mejor que salgamos de aquí —me dijo.

—No quiero ir contigo, no te conozco —le contesté.

—¿Entonces te quedarás aquí y dejarás que te hagan daño?

No tuve otra opción más que confiar en él. Me bajó de sus hombros para que pueda correr y, cuando lo intenté, mis pies no me respondieron y caí al pavimento.

—¿Qué ocurre? —me dijo desesperado, ya que nos iban a alcanzar.

—No puedo correr —respondí con indignación.

—Tranquila, te ayudaré.

Me cargó nuevamente y corrió a toda velocidad. Pasamos por calles extrañas que no sabía que existían y finalmente salimos a un barrio muy tranquilo y sofisticado. No me di cuenta por cuánto tiempo él me llevó en sus hombros, pero seguramente fue bastante la distancia para llegar a ese lugar.

—Debemos entrar a mi casa —mencionó.

—Ni loca, no te conozco y no confío en ti —no quería confiar en un desconocido nunca más. Seguramente tenía las mismas intenciones y solo era parte de una banda de violadores depravados.

—Confía en mí. Lucas y sus amigos saben dónde vivo y si nos ven aquí afuera estaremos perdidos.

—¿Lucas? ¿Lo conoces?

—No hay tiempo, debemos entrar.

CAPÍTULO II
Comienzo

Cuando entramos a su casa, observé un jardín hermoso que tenía una pileta en la mitad, una parrilla con una mesa de madera adornada con un mantel blanco y una gran cancha de fútbol *soccer* al otro extremo. Luego me llevó a su habitación que era acogedora. Tenía unos guantes de pelea y un póster de Muhammad Ali, quien es uno de los mejores boxeadores de la historia; también una barra de ejercicios en el marco de su puerta, y me llamó la atención un crucifijo muy hermoso que colgaba en la pared.

—Aquí estaremos a salvo —me dijo con un alivio gigante en su rostro—. Por cierto, me llamo Bastien Fontaine.

—Soy Debby —contesté—. Pero eso no importa, quiero saber por qué sabes el nombre de ese tipo que me quiso hacer daño.

Bastien bajó la mirada poniendo boca abajo un portarretratos con una foto de él con ese tal Lucas.

—Él era mi mejor amigo desde la niñez, pero cuando crecimos, su madre falleció y su padre se olvidó completamente de él. Lucas empezó a tener malas amistades, a consumir drogas y a robar dinero para conseguirlas; hoy comprobé que es capaz de mucho más.

—Lamento mucho lo de tu amigo el violador, pero no creo que yo debería estar aquí —concluí.

Cada minuto, mi miedo y susto se transformaban en un enojo que no me inspiraba el deseo de lidiar con los asuntos de ese tal Lucas o de Bastien.

—Si sales te encontrarán, Debby. Espera un momento y después te llevaré a casa.

La mirada de Bastien mostraba sinceridad, así que accedí a quedarme con él, pues también sabía que tenía la razón, era muy arriesgado salir tan pronto. Me dio un *tour* por su gigante y solitaria casa y luego comimos algo en medio de momentos con silencios incómodos.

—Así que eres un niño rico —bromeé mientras saboreábamos unos sándwiches de jamón y tocino que Bastien había preparado, y cuando él rio, mis pies me llevaron al suelo con un dolor intenso que no vi venir.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre, Debby?

—Nada, es solo que sufrí un accidente y no puedo caminar mucho. Mis pies no me responderán por unos minutos. No te preocupes, ya estoy acostumbrada.

Bastien se mordió el labio con preocupación y me ayudó a levantar, mi pequeño bolso estaba en el suelo y cuando él lo recogió, una foto cayó de ahí: era la fotografía de la noche en que gané el campeonato de patinaje artístico sobre hielo en Colorado. El último re cuerdo con mis padres.

—¿Patinas en hielo?

—Patinaba, ahora ya no puedo —contesté muy triste.

—¡Anímate! Solo te puedo decir que nada es imposible si te dispones a intentar.

—Vaya, qué profundo de tu parte, pero intentar sanar no es posible para mí.

Me observó, y fijamente nuestros ojos chocaron en silencio por un instante.

—Creo… creo que debo ir a casa —interrumpí aquel momento.

—Está bien, yo te llevaré.

Nos subimos a un enorme auto Jeep 4×4 color gris oscuro. Lo dirigí a la casa de mi tío. Fue una ruta de veinte minutos aproximadamente, aunque pensaba que su mansión era más lejos. Cuando llegamos, Bastien se sorprendió.

—¿Vives en una iglesia? ¡Rayos! ¿Por qué no me dijiste que eres monja?

—No soy monja, solo que mi tío es sacerdote y pues… Es una historia muy larga que de seguro no querrás oír.

—En realidad, me encantaría escucharla.

—Es tarde, mi tío debe estar preocupado —dije.

—Entonces mañana la escucharé por la tarde, vendré a visitarte.

—¡Bastien, estás loco! Nunca saldría con un hombre desconocido.

—Si te quisiera hacer daño, ya lo habría hecho, y además quiero saber por qué estabas sola con Lucas, necesito descubrir qué desea. Por cierto, fue muy arriesgado de tu parte andar a solas con él.

Yo no quería responder a eso, me daba vergüenza que se entere que Lucas me salvó de un suicidio. Pues, aunque sus intenciones eran repugnantes, seguía con vida gracias a su estúpida intervención.

Abrí el auto y bajé de él.

—Gracias por todo, Bastien —le sonreí, cerré la puerta y entré a la casa, sin dar oportunidad a que la conversación fluya un minuto más.

Pasé toda la noche pensando en la estupidez que casi cometo, matarme no era la mejor decisión. Lucas me salvó la vida, pero aun así lo odiaba y Bastien fue mi protector en esos momentos de peligro. Pero había algo en él que no me hacía sentir tranquila. No quería saber nada de esos dos locos, simplemente olvidar aquel día era el remedio en ese instante; aunque luego descubriría que era un deseo imposible.

CAPÍTULO III
Confesiones

Al día siguiente, pasé toda la mañana en mi habitación que se encontraba muy alejada del resto de las piezas de la casa para no interrumpir los horarios litúrgicos ni espacio personal de mi tío; ese detalle era muy incómodo para mí.

A pesar de que mi tío era muy tranquilo y amable conmigo, él amaba el silencio, así que yo hacía lo posible para no molestar ni alterar su estilo de vida como religioso. En la tarde vi películas y a las cuatro mi tío tocó a la puerta.

—Debby, alguien vino a verte.

Cuando salí, Bastien estaba ahí y me sonrió de una manera impecable.

No puede ser cierto, la verdad nunca pensé que vendría a visitarme, pero por lo visto había cumplido con su palabra.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Siempre cumplo lo que digo, Debby —sonrió—. Si quieres podemos caminar y conversar aquí mismo en el jardín del templo por si todavía te sientes insegura.

Mi tío, que seguía allí en la puerta, interrumpió.

—¿Qué tal si mejor salen? Será mejor para ti cambiar de ambiente, sobrina.

Solamente lo miré asustada y algo nerviosa por su sorpresiva intervención, no sabía qué responder, en el fondo sí quería salir de ahí y la propuesta de Bastien sobre quedarnos muy cerca me hacía sentir un poco más segura de sus intenciones. No podía negar que era muy caballeroso de su parte.

—Si quieres podemos salir, amiga Debby —me dijo Bastien un tanto coqueto, pues su "amiga" llevaba algo de sarcasmo, y pude observar una sonrisa en sus labios al ver que las cosas salían mejor de lo que él mismo esperaba gracias a Joseba.

Para ser sincera, me sentí alegre cuando vi a Bastien de pie en la puerta, como cuando un niño se emociona al escuchar que sus amigos del barrio timbran su casa para salir a jugar o montar bicicleta. Pero también estaba algo asustada, ya que no lo conocía y apenas era un extraño para mí.

—Está bien, iré contigo. Pero prométeme que no eres una especie de asesino psicópata —se lo dije cuando mi tío se marchaba porque las campanas del templo habían empezado a sonar.

Joseba me guiñó el ojo y se fue un tanto apresurado. En verdad que él no sabía cómo actuaría un padre de una adolescente de diecisiete años, ya que mi papá odiaría la idea de su hija saliendo con un desconocido, pero no lo culpo, Joseba era un excelente padre espiritual de cientos de personas que acudían a él por consejos y confesiones. Sí, él era padre, pero de otra manera.

—No prometo nada, pero te juro que estarás a salvo conmigo —respondió Bastien finalmente.

Él estaba muy confiado y sereno, muy distinto al día anterior, en el que se lo sentía muy asustado, incluso dentro de su casa.

Me llevó a un restaurante francés de lo más elegante que había visto en mi vida.

—Eres un bobo, mira cómo estoy vestida, ¿y me traes acá?

—Tranquila, mi padre es el dueño del lugar y si alguna de estas personas te hace sentir mal, no dudaré en sacarla de aquí. Además, si crees que no estás bien vestida, yo tampoco lo estaré —se sacó la chaqueta negra y por debajo usaba una horrible camiseta de fútbol americano—. Ya anticipé esta situación —bromeó.

Tuvimos una cena deliciosa y el lugar era hermoso, excepto por nuestra ropa, pero me encantó que él usara esa camiseta, dado que estaba haciendo el ridículo por mí, o eso creo.

—Cuéntame sobre ti —me dijo.

—Primero cuéntame tú, chistoso —le respondí sonriendo, trataba de tomar las cosas a la ligera y no ser tan pesada como el día anterior.

—Está bien, te contaré acerca de mí para que confíes un poco —hizo una pausa antes de continuar hablando—. Mi padre es francés, es por eso que tiene este restaurante y también mi nombre.

—¿Tu nombre?

—Sí, en realidad debería ser Bastian, pero mi padre prefirió Bastien con "e" para darle a mi nombre un toque de sus orígenes extranjeros —luego de unos segundos añadió algo que no era necesario, pero aun así lo dijo con sinceridad—. Muchos desconocidos dirían que soy un niño rico, mimado y esas cosas absurdas.

—¿Y no lo eres? —le respondí al instante refutándolo.

—Muy graciosa, monja.

Debo admitir que no me gusta que se burlen de mí, ahora Bastien tenía un apodo para mí y por eso me llevaba la delantera.

—No soy monja —bufé riendo—. No tiene nada de malo tener dinero, Bastien.

—Lo sé, solo que a veces pienso cómo serían las cosas si nuestra situación hubiera sido más modesta. A veces el dinero solo nos aleja de nuestros padres y de nosotros mismos, al menos eso hizo conmigo.

—Lo lamento mucho, pero siempre puedes recurrir a ellos mientras estén a tu lado —le respondí pensando en mis propios padres.

Al sentir que la conversación me iba a delatar y poner triste, cambié el rumbo de la charla.

—¿Y qué estudias?

—No estudio en una universidad, peleo en las jaulas locales de artes marciales, y leo, amo leer; los libros a veces se convierten en mis consejeros. Me encanta conocer la historia de la humanidad y los grandes filósofos, creo en un mundo libre donde es posible salir y buscar tu camino, seguir tus sueños y encontrar a Dios. Por eso debo decirte que tu tío obtuvo mi respeto en cuanto supe lo que era. Se puede decir que soy una especie de autodidacta y experimento de *homeschooling* —hizo una pausa algo tranquilo.

No me esperaba una respuesta así, pues para nada era lo que me imaginaría de un chico con su aspecto. A veces es fácil dejarse llevar por los estereotipos; yo imaginaba que Bastien era una persona superficial y pretenciosa. Me sentí culpable por pensar eso, así que inconscientemente, como una manera de disculparme con él, decidí contarle algo sobre mí.

—Soy huérfana, mis padres murieron en un accidente y yo sobreviví con unos pies muy débiles e inútiles.

Vi cómo Bastien bajó su cabeza antes de decirme algo.

—Lo lamento mucho, debe ser muy difícil, pero debes saber que el accidente no define quién eres. Es solo un momento de tu vida, pero no tu vida.

—Tienes razón, pero en estos momentos no sé quién soy, solo sé que soy Debby Scholes. Mi vida no tiene rumbo, todo lo que amaba y quería lo perdí: mis padres, mis amigos, Colorado y el patinaje sobre hielo.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer? Todo es posible si te dispones a intentar.

Esas palabras me parecían interesantes, de hecho, habían resonado en mi cabeza la noche anterior cuando intentaba dormir.

—El problema es que no sé qué quiero intentar, todo lo que amo lo perdí.

—¿Y el patinaje? —preguntó.

—El doctor dijo que no volvería a patinar por el resto de mis días.

La conversación continuó por un tiempo más, solo me sentí un poco incómoda en ese momento. No recuerdo lo que charlamos después de eso, no fue crucial, pero me sentía relajada y vi que era una sensación mutua.

Cuando acabamos de cenar, nos subimos al auto y me llevó de regreso a casa. Al llegar, parqueó y me acompañó hasta la puerta de entrada.

—Te agradezco mucho por la cena de hoy, fue muy lindo todo.

—Con gusto, Debby… Me alegra que hayas pasado bien. Escríbeme si quieres conocer un lugar aquí en Chicago, que estoy seguro te encantará.

—¿Cómo te escribiré si no tengo tu contacto? —le pregunté confundida.

Sin que me haya dado cuenta, él había tomado mi mano suavemente y al soltarla sentí que tenía un papel entre mis dedos.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla de lo más natural y se alejó en dirección a su auto, en donde esperó a que yo primero entrara a casa antes de encender el motor y arrancar.

Me dirigí hacia mi habitación, mis pies me dolían un poco. Abrí el papel y estaba escrito con tinta azul su número de celular.

Pasaron dos días después de la cena, yo esperaba recibir una nueva visita de Bastien en lo más profundo de mi ser, aunque no lo quería aceptar y escapaba de ese pensamiento.

Pronto me di cuenta de que tal vez yo debía buscar a Bastien, puesto que él ya lo había hecho en dos ocasiones. Obviamente la primera no contaba mucho porque era de vida o muerte, pero fue él quien vino hasta la casa de mi tío, lo saludó y me llevó a cenar. Quizá yo debía corresponder al interés que él ya había demostrado.

Yo por mi parte me negaba rotundamente a escribirle, sin embargo, a la media noche del segundo día me resigné, tomé mi celular y decidí empezar con un simple: “Hey, Bastien, soy Debby”.

Como era de esperar, a la mañana siguiente sí hallé respuesta, nos escribimos un poco aquel día hasta que le pregunté sobre ese lugar que me quería mostrar en la ciudad. Pactamos que vendría por mí después de dos días más, es decir, el viernes.

Cuando llegó el día, salí y lo vi esperando por mí arrimado en su auto. Le saludé desde lejos con la mano, mostrándome nerviosa y sonrojada.

Condujo en dirección al centro de la ciudad hasta una pista de hielo que había en un parque que yo no conocía.

—¿Qué hacemos aquí?

—Quiero mostrarte una cosa, Debby. ¿Lista para ver algo sorprendente?

CAPÍTULO IV
Lo imposible

Bastien me dirigió hacia la pista de hielo.

—Mira aquella mujer de la boina francesa, ella no tiene una pierna completa, tiene una prótesis y aun así está compitiendo en las estatales de patinaje sobre hielo. ¿Ahora entiendes que si ella puede hacer todo eso con una pierna robótica tú también podrás hacerlo?

La verdad es que ella patinaba muy bien y si Bastien no me lo hubiera mencionado, nunca hubiera caído en cuenta de que no tenía una pierna.

—¿Y cómo la conoces? —le pregunté.

—Es mi prima —respondió sin mirarme a los ojos.

—Entonces vamos a saludarla —propuse exaltada, ya que deseaba conocerla.

Cuando caminé en dirección a esa mujer, él me detuvo del brazo.

—Ella tiene una especie de amnesia; recuerda el patinaje, a sus padres y a todos, pero no a mí.

—¿Qué le ocurrió?

—Un accidente en auto, como a ti.

—¿Y sabes por qué no te recuerda?

La expresión de Bastien tomó frialdad y sus ojos dejaron de reflejar ternura. En ese momento caí en cuenta de que me estaba comportando un tanto imprudente e irritante ante la situación.

—Es mejor que las cosas se queden como están —fue lo único que me dijo antes de hacer una profunda pausa y continuar—. Perdona por no poder acercarnos y presentártela, nada más quería demostrarte que nada es imposible, ella de verdad es un ejemplo para todos nosotros, ¿no crees? —sonrió levemente.

Bastien no habló por un buen rato después de decir eso y me preocupé por él.

—Lo siento si dije algo que no te agradó.

—No te preocupes, Debby, tú no eres la culpable de lo que he hecho.

No supe qué responder, Bastien solo se dirigió a un banco de madera, me invitó a sentar a su lado y juntos observamos a su prima patinar por un buen rato. Realmente él no se equivocó cuando me prometió que vería algo grandioso, pues ella patinaba de una manera extraordinaria; era muy profesional y no cabía duda de que era de las mejores de la ciudad y quizás hasta del estado. Nos quedamos para observar su *performance*.

En ciertos momentos yo veía a Bastien de reojo y podía observar cómo tragaba saliva con un nudo en la garganta como intentando retener con mucho esfuerzo el llanto, de verdad tenía mucho orgullo y amor hacia su prima, ya que a pesar de lo cristalina que era su mirada y sus ojos, había una leve sonrisa en su boca.

Después de un instante ella salió de la pista y observó a Bastien por unos segundos, en los cuales pude notar cómo él tensó su cuerpo y movía muy nervioso su rodilla. Sin embargo, ella dejó de observarlo de una forma muy natural que no daría sospechas a nada, quizás lo que él me dijo era cierto y ella nada más lo vio sin lograr reconocerlo después de todo.

Posteriormente, cuando la mujer se sentó en una banca y levantó su licra mientras se retiraba los patines pude comprobar su pierna sintética.

Lo único que deseaba era acercarme y hablar con ella, como cuando un niño ve a un futbolista estrella que quiere imitar cuando sea grande, pero tenía a Bastien a mi lado y debía respetar su incomodidad, la cual estaba soportando solo para que yo pudiera admirar desde lejos el ejemplo de alguien que perdió algo muy importante y aun así estaba batiendo el mundo.

Después de que la prima de Bastien se marchara, nos dirigimos al auto y regresamos a casa.

Cuando llegamos, salió del auto para abrir la puerta de mi lado y me ayudó a bajar despacio, debido a que era un coche muy alto. La anterior ocasión que bajé de él, di un pequeño salto que requería mucho esfuerzo de mi parte. Supongo que Bastien había notado aquello y es por esa razón que quizá esta vez se adelantó para ofrecerme su ayuda al bajar del auto. Se despidió muy lentamente de mí con un beso en la mejilla. Eso me extrañó en un hombre como él, pues Bastien no era nada feo, y cuando lo vi por primera vez y traté con él en su casa creí que era todo un conquistador de chicas y esas cosas, o como suelen decir: un *player* total.

—Lo que vi hoy me hace pensar muchas cosas, Bastien, te lo agradezco de verdad. Ella patina de una forma muy especial.

Le iba a mencionar que realmente quería hablar con ella, pero la mirada de Bastien cuando me detuvo en el parque era de terror, así que guardé esas palabras. Él simplemente sonrió y se marchó.

Estar con Bastien en aquellas dos ocasiones fue lo más divertido y diferente que había hecho desde hace mucho tiempo, sentía atracción por él, pero cuando hablamos de su prima se portó muy extraño. Lo más intrigante fue cuando me dijo que yo no era la culpable de sus acciones pasadas, eso me hacía pensar que había algo que él no me había mencionado y yo quería saber, simplemente por curiosidad. Sin embargo, estaba fastidiada porque fue él quien tuvo la idea de llevarme donde su prima. Debió prevenir eso y no portarse extraño. Quizás su plan no salió como esperaba, pero fue hermosa su intención de motivarme con el caso excepcional de esa mujer.

Bastien me demostró que quedarme en mi habitación no era lo mejor, así que los siguientes días tomaba un taxi y me dirigía a aquella pista de hielo.

En uno de ellos me senté a observar a las personas, cuando de repente alguien se acercó por detrás y vi que en sus manos tenía unos patines.

—Sabía que vendrías —era la voz de Bastien.

Cuando volteé a verlo él estaba usando pantalones negros, una boina gris del siglo pasado y estaba puesto unos patines en sus pies—. Te traje unos, póntelos —me propuso con una hermosa sonrisa.

—¿Sabes patinar? —le interrogué con ironía, ya que sabía la respuesta.

—No, pero tú me enseñarás —me guiñó el ojo juguetonamente y se dirigió a la pista—. Te esperaré ahí —me dijo mientras se alejaba.

No sabía qué pensar, tenía miedo. ¿Y si mis pies no resistían? Por otro lado, Bastien me daba seguridad en ese aspecto y empezaba a confiar en él.

Había pasado casi dos años desde que no usaba unos patines ni me disponía a intentar usarlos. De verdad sentí el miedo más grande de mi vida, todo eso me tomó por sorpresa y ni siquiera me dio oportunidad de decir “no” o pensar en lo que estaba ocurriendo, simplemente me entregó unos patines y se dirigió a la pista dejándome sola con ellos, mis viejos amigos, el fantasma de mi feliz pasado.

«*Tú puedes*», me dije a mí misma después de dar una larga inhalación y exhalación. Coloqué los patines en mis débiles pies y avancé lentamente. Bastien tomó mi mano y avanzamos juntos hasta el centro de la pista de hielo.

—Sorpréndeme —susurró a mi oído.

—Lo intentaré.

Nuevamente respiré hondo y empecé a patinar muy lentamente. Tuve un *dejá vú*; esa sensación de volver a patinar me emocionaba puesto que vino a mi memoria aquella noche en la que gané mi primer concurso de patinaje en Colorado hace dos años. Aquel día mis padres me

observaban en la tribuna y no paraban de avergonzarme con sus gritos de aliento. Fue el mejor momento de mi vida, y ahora el solo pensar que no estaban a mi lado era terriblemente doloroso de asimilar. Verme nuevamente con patines en una pequeña pista de hielo me hizo traer esa inolvidable imagen a mi cabeza.

Poco a poco me deslicé más y más rápido por toda la pista pensando en ellos, los ángeles que un día llamé papá y mamá. Me olvidé completamente del dolor, pues mi mente y espíritu solo me decían *«patina»* y así lo hice.

Bastien me detuvo del brazo.

—Tranquila —dijo riendo.

—¿Qué ocurre? Apenas estaba empezando.

—Vas patinando mucho tiempo —me respondió muy admirado.

Eso era imposible, no lo había notado, sentí que apenas fueron unos segundos. Había perdido la noción del tiempo o quizás estaba realmente en el presente.

—¡No lo había notado! —exclamé sin poder creerlo—. Es imposible.

—¿Y tus pies? ¿Te duelen?

—No, para nada —estaba temblando de la emoción.

—Entonces vamos bien, solo falta que me enseñes a hacerlo.

—¿En verdad quieres aprender?

—¿Por qué no? —me respondió.

—Es que pensé que tú, un peleador de jaula, todo fuerte y musculoso, jamás querría hacer algo como esto.

—Si es para que sigas sonriendo como en este momento, pues no me molestaría intentarlo, Debby.

Solo cuando Bastien me hizo notar, supe que en realidad sí estaba sonriendo como nunca; me sonrojé mucho ante sus cursis palabras.

Después de ese increíble e imposible momento me llevó a comer unas deliciosas alitas de pollo y regresamos a casa, o, mejor dicho, a la residencia espiritual de mi tío. Pasé muy emocionada durante todo el almuerzo y no paraba de reír y recordarle a Bastien mi logro en la pista.

Pasar con él fue hermoso y lo mejor de todo es que patiné otra vez y mis pies no fueron un problema, estaba motivada a seguir intentando. Como dijo Bastien: intentar. Ahora lo comprendía.

Desde aquel día empezamos a salir algunas veces por semana, por seis grandiosos meses, los cuales pasaron tan rápido que ni siquiera lo notaba. La razón casi siempre era patinar, y eso nos hacía pasar tiempo juntos.

Como era de esperar, algunas ocasiones no podía mantenerme de pie o patinar por mucho tiempo y decidíamos parar por seguridad. Me frustraba mucho cuando aquello ocurría, pero eso no me detenía a intentarlo al día siguiente, una y otra vez hasta lograr lo imposible.

CAPÍTULO V
Compartiendo mundos

Nunca percibí en Bastien un interés que no sea el de una amistad. A veces era coqueto, pero llegaba a un límite. Esa incertidumbre me mataba, no era justo para mí, pues tenía que admitir que Bastien cada vez me parecía más apuesto; era atlético y tenía cabello lacio y un poco largo. La verdad es que habíamos formado una amistad muy hermosa. Mi madre siempre me decía que el inicio de grandes amores surge de las amistades más sinceras, porque solo ellas permiten conocer de verdad a las personas, y si están destinadas a estar juntas, tarde o temprano lo estarán y el amor los llamará. Yo reía ante ese consejo, ya que con mis amigas creíamos que esa situación de amistad y amor era de tiempos pasados y cuando aquello ocurre, el romance es imposible. Fue un largo debate con mi mamá sobre ese tema, y aunque ella me confesó que así había sido su historia de amor con papá, yo siempre creí haber tenido la razón en aquella primera conversación de madre e hija sobre chicos. Eso sucedió cuando cumplí catorce años y tuve mi primera cita con un chico de la escuela en Colorado Springs, la cual no fue nada desagradable pero simplemente no fluyó como lo hubiéramos deseado. El punto es que volví a recordar ese extraño consejo porque era exactamente lo que me estaba sucediendo con Bastien, es decir, él y yo habíamos formado una amistad y mientras más lo conocía, más me atraía, pues de un día para el otro simplemente no lo podía mirar a los ojos. Más allá de cualquier belleza física, fue la seguridad y alegría que sentía a su lado lo que hizo que afloren fuertes emociones hacia él.

Bastien era diferente, desde el primer día lo fue. No era un chico como el resto, ni física ni mentalmente. Yo había salido con varios chicos en mi antigua escuela y hasta tuve un novio con quien tuve una relación de tres meses, lo cierto es que todos los chicos que querían conocerme mostraban una misma sensación de inseguridad en ellos mismos, sentía que todos intentaban buscar mi aprobación, en cada cita yo estaba en un pedestal que ellos se esforzaban por conseguir como un trofeo. Pero Bastien jamás expresaba esa sensación de hombre desesperado por conquistar a una mujer, se podía sentir que incluso le importaba muy poco todos esos temas amorosos.

Jamás me sentía perseguida por él, de hecho, era yo quien muchas veces sentía un deseo incontrolable de buscarlo, llamarlo o escribirle un mensaje. Parecería que él hizo lo necesario al inicio cuando nos conocimos, y dejó que el resto lo haga yo, sin esfuerzo alguno y sin que yo tome consciencia de aquello, me tenía enganchada y locamente atraída hacia él. Desde el principio él fue el estímulo que me atrapó de una forma magnética.

Tuvo que pasar unos meses para que me diera cuenta de esa temible situación, ya que la confusión en mis sentimientos era muy difícil de controlar y necesitaba ayuda para manejar eso, ayuda que solo él podía ofrecerme.

Creo que es un buen momento para describirles cómo éramos físicamente tanto Bastien como yo.

Empezando por él, como dije antes, era de aspecto atlético, o sea musculoso, pero no al punto de La Roca o Sylvester Stallone (lo cual me asustaría un poco), tenía cabello castaño oscuro, lacio y largo, muchas veces usaba cola de caballo, aunque otras veces gustaba colocarse antiguas boinas o gorros como los europeos del siglo XIX o XX, y en otras ocasiones dejaba su cabello suelto; sus ojos negros y grandes combinaban con su piel de tono blanco, no tenía mucha barba, de hecho casi nada, y era de estatura mediana. Era un hombre que llamaba la atención a primera vista, su estilo y vestimenta me resultaban demasiado *cool*.

Por otro lado, yo tenía el cabello castaño con un toque de pelirrojo natural, eso era una mezcla de mis padres, debido a que mi papá era pelirrojo y mi madre castaña. De igual forma, en herencia por mi padre, era muy blanca de piel, aunque no era pálida. Tenía ojos verdes oscuros y mi estatura era 1.60 m. De hecho, era la más baja de mis amigas en la escuela.

Por el patinaje mantenía dietas y ejercicios estrictos que hacían que mantenga mi figura delgada y bien formada, aunque muchas veces me debatía internamente por sentir que mi cuerpo no llegaba a ser parte del estereotipo que "les gusta a los chicos", ya saben, aquellas modelos *fitness* tonificadas o bien proporcionadas. Mi mamá luchó bastante una época de mi adolescencia para que yo entienda que ese ideal de cuerpo es algo impuesto por los medios que muchas veces requiere cirugías o estrictos procedimientos y reglas estéticas para conseguirlo, algo que simplemente no estaba dispuesta a seguir, no porque esté mal, en realidad admiro mucho a las modelos, pero no es mi mundo, pues mi estilo es el patinaje y cuidado de mi cuerpo para sentirme bien física y emocionalmente.

Aunque admito que llegar a ese equilibrio costó un par de años de dura batalla tanto para mi mamá como para mi psicólogo. Gracias a ellos aprendí a aceptar lo natural en mí y no pretender cambiar mi cuerpo a la fuerza, pues ahora siento que soy muy atractiva.

Como iba narrando antes, debo contar sobre un momento muy importante que viví con Bastien en una de nuestras salidas de aquellos hermosos meses.

Un día me llevó a un lugar muy tranquilo y apartado de la ciudad donde primero nos sentamos a la sombra de un árbol frondoso, luego él se acostó al frente de mí en el césped. Simplemente me observó sonriendo y me intimidó mucho, era una sensación hermosa y yo inocentemente puse mi mano sobre sus ojos para que no me observara más, él sonrió coquetamente y pude escuchar un susurro que salía de su boca que decía: "lo sabía, te gusto", y comenzó a reír con mucha seguridad de victoria sobre mí, sentía que mi rostro hervía y mis manos temblaban cuando escuché lo que él dijo, pero Bastien intentó quitar mi mano para ver mis ojos, yo no le permití, así que accedió a quedarse así y empezó a acariciar mi mano que le cubría sus ojos; estando él acostado, conversamos por un largo tiempo.

Luego de un momento me confesó algo que no lo había hecho en todos esos meses que salimos.

—Hace años era el mejor peleador de la ciudad, así como tú eras la mejor patinadora en Colorado.

—¿Y qué ocurrió? Desde que te conocí jamás he escuchado que tengas una pelea —respondí.

Bastien derramó una lágrima, pues la sentí en mi mano, y aunque yo no entendía nada de lo que le ocurría, observé que él se acercó a mí y besó mis labios por primera vez. A pesar de que nunca lo quise admitir, ya había esperado ese beso desde hace mucho tiempo.

Desde ese momento, nunca más tuve miedo de mirar sus ojos, pues había descubierto su más profundo sentimiento de dolor: las peleas.

Aunque la historia estaba inconclusa, aquel día él me prometió que con el tiempo me lo contaría todo.

Así pasaron las semanas, patinábamos juntos y él no lo hacía nada mal. Yo por otro lado estaba recuperando mi antiguo nivel y rutinas de ejercicio. Cuando daba los saltos con giro me dolía un poco los pies, pero era un dolor soportable.

En una ocasión caí al suelo muy fuerte y Bastien, que estaba al otro lado de la pista, patinó lo más rápido que pudo, me cargó preocupado y me abrazó dulcemente. Luego me llevó al hospital para asegurarse de que estuviera bien y el doctor se sorprendió al ver que mis pies seguían igual de traumados y lastimados, pero aun así podía patinar. Era simplemente un milagro que solo

ocurre en los bobos libros y películas de amor.

En una ocasión, cuando paseábamos juntos por el centro de la ciudad le pregunté:

—¿Cuándo me enseñas a pelear?

—¿Y por qué quieres aprender? —dijo extrañado.

—Bueno, quizás en algún momento alguien me quiera hacer daño y yo sabré defenderme.

—Cuando alguien quiera hacerte daño, no necesitarás defenderte porque yo me encargaré de cuidarte.

Esa respuesta hizo que salte a abrazarlo con ternura, era tan linda esa sensación de protección que él me entregaba.

Al día siguiente pasó por mí, pero no me llevó a la pista sino al jardín de su casa.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté intrigada.

—¿No querías aprender a pelear? —respondió con una sonrisa.

Me entregó unos guantes y me instó a que lo golpeara, yo no podía hacerlo porque me era imposible.

—Vamos, golpéame, quiero ver qué tan bien lo haces.

—No lo haré, nunca te golpearía.

—Nunca te golpearía —me remedó burlándose de mí con una voz similar a la de Alvin y las Ardillas. En ese momento me sentí retada y lo golpeé lo más fuerte que pude en su rostro a tal punto que su nariz empezó a sangrar. Yo me retiré los guantes lo más rápido que pude y fui a ver si se encontraba bien.

—Nada mal, Scholes —dijo tapándose la nariz evitando el flujo de la sangre—. Pero no me refería a un golpe en la cara, sino en el pecho o abdomen.

—En verdad lo siento —respondí.

Sinceramente estaba aguantando las ganas de reír a carcajadas.

—Colócate de nuevo los guantes —me pidió—. Te enseñaré a usar tu cuerpo para que des un golpe más fuerte. Después de hoy podrás romper narices aún mejor.

La verdad es que sí estaba algo preocupada al ver la sangre en su rostro, pero Bastien casi no le dio importancia; pasamos todo el día en las lecciones de pelea. En la tarde ya no podía más, mi cuerpo estaba paralizado del cansancio. Me había enseñado combos de golpes y cómo patear con buena técnica a la pierna del oponente, patada que Bastien llamaba *low kick.*

En la noche, Bastien me cargó hasta el coche debido a lo débil que se sentía mi cuerpo.

—Es lo menos que puedo hacer por mi chica —comentó.

Yo jamás pensé que llegaría a sentir algo así al oír esas palabras. *«Su chica»*, me lo repetía en mi mente una y otra vez con una ilusión de niña pequeña.

—Te dejaré en tu casa para que descanses —me dijo mientras encendía su auto.

Ese día aprendí muchas técnicas de artes marciales mixtas y aunque fue muy difícil y agotador, Bastien me aseguró que, si las aplicaba contra alguien, de seguro me iría bien.

CAPÍTULO VI
Pasado

A pesar de lo hermoso que era estar junto a Bastien todavía tenía muchas dudas, es decir, él era muy sincero conmigo, la pasábamos de maravilla juntos, pero nunca me quiso contar sobre el accidente de su prima y por qué temía hablar con ella. Tampoco supe a profundidad sobre su renuncia a las peleas, de igual forma jamás me contó la historia completa acerca de su vieja amistad con ese tal Lucas y aunque ya era un tema casi olvidado, me ponía nerviosa cada vez que pensaba en ello. Cuando yo intentaba mencionar cualquier cosa relacionada a ello, Bastien solo desviaba la conversación, así que yo inmediatamente cedía y trataba de olvidarlo para evitar disgustos o momentos incómodos. Pero tarde o temprano lo iba a saber, tenía que hacerlo.

Una noche me llevó a su casa y fue cuando conocí a sus padres, puesto que en las dos ocasiones anteriores ellos no se encontraban allí por sus ocupaciones y trabajos.

Su madre se llamaba Ana, era una señora muy tierna y agradable que nos preparó la cena con mucha amabilidad. Algo en ella me recordaba a mi madre.

Por otro lado, su padre, Adam, era un sujeto alto pero muy diferente a Bastien. Adam era parco y casi no me dirigió la palabra en toda la noche.

En la cena su madre era el motor de la conversación, se la veía muy graciosa y por momentos no paraba de hablar sobre sus recetas de cocina, su grupo de amigas y las cosas vergonzosas que Bastien hizo cuando era un niño pequeño. En esa cena me enteré que él orinó sus pantalones en tercer grado durante el evento navideño de su escuela mientras bailaba una coreografía de la canción *Santa Claus is coming to town*, reí mucho cuando su madre narró tal anécdota, cosa que no ocurrió con Bastien, quien estaba muy sonrojado pidiéndole a su mamá que parara de contar esa historia. Supuse que Bastien ya le había hablado de mí anteriormente debido a que ella solo me preguntó sobre mi tío Joseba, mas no sobre mis padres, lo cual hubiera sido algo incómodo.

Fue muy raro el final de la cena porque su padre se levantó al terminar de comer y se marchó a su habitación sin decir una sola palabra, pude notar fácilmente lo avergonzada que Ana se sentía por la actitud de su esposo, ella solo me sonrió como pidiendo disculpas por eso. Fuimos al jardín de la casa luego de ese penoso momento.

—¿Por qué me dio la sensación de que tu papá me odia? —le dije a Bastien una vez que nos encontrábamos sentados en el césped de afuera, asegurándome de que Adam no escuchara.

—Ignóralo, él es así con todos.

—Está bien… sabes —continué—, tu madre me recordó mucho a la mía, era igual de dulce y amable. Se llamaba Mónica, era una madre de tiempo completo. Siempre que yo volvía de la escuela ella esperaba ansiosa para llevarme a mis clases de patinaje y mientras entrenaba, se sentaba a observarme. Luego de eso íbamos a una heladería y comprábamos nuestros helados favoritos: ella de cereza y yo de chocolate. Mamá era genial.

—¿Y tu padre? —me preguntó.

—Él trabajaba demasiado, llegaba muy tarde a casa y casi no nos veíamos. Pero era un gran padre; cada fin de semana mamá, papá y yo nos íbamos de día familiar a caminar en diferentes parques, allí jugábamos baloncesto y luego mi padre nos llevaba a comer mariscos o comida italiana. En las noches de sábado todos íbamos al cine o hacíamos palomitas de maíz y veíamos una película en casa.

Me conmoví mucho mientras le contaba a Bastien cómo era mi vida antes, el percibió eso y se acercó a abrazarme mientras que con su dedo removía tiernamente las lágrimas de mi rostro.

—La verdad, pequeña —me dijo—, no podría comprender ni un poco de tu dolor, pero te aseguro que haré todo lo posible para que en algún momento puedas contarle a alguien una nueva historia de alegría en tu vida, y mientras la cuentes recordarás cada momento vivido con mucha felicidad, te lo prometo —hizo una pausa—. Déjame contarte un secreto que la vida me ha enseñado y quiero que siempre recuerdes estas palabras: *las cosas jamás podrán volver a ser como solían ser en el pasado, sino que serán mejores, solo debes creerlo y siempre volver a tu esencia.*

—Y eso haré —dije—. Porque cada momento que he pasado estos últimos meses han sido muy hermosos y siento que estoy viviendo nuevamente, creo que aún hay esperanzas para mí.

De repente, después de un largo momento en el que nos abrazamos en silencio, se dio la vuelta lentamente llevando sus brazos a la cabeza mientras caminaba dándome la espalda.

—¿Qué sucede?

—Debby, hay algo que no te he contado sobre mí, yo… yo.

Trataba de hablar, pero parecía que no iban a salir las palabras correctas.

—¿Es sobre tu pasado? —pregunté tratando de ayudar, pues sospechaba de lo que se trataba —. Tu prima, las peleas y Lucas, ¿verdad?

—Tengo temor de que algo malo suceda, te prometo que lo sabrás todo, pero tienes que esperar mientras lo resuelvo, por favor.

—¿Esperar? —le dije sin saber qué le ocurría, nunca lo había visto tan nervioso—. ¿Por qué no puedes decirme ahora?

—Mereces saberlo, Debby, pero aún no es el momento. Confía en mí, te lo ruego.

CAPÍTULO VII
Tormenta

Al día siguiente, me encontraba sentada en el jardín de la iglesia cuando mi tío se acercó y se sentó junto a mí.

—Debby, he notado que estás mucho mejor.

—Sí, tío, he vuelto a patinar y la he pasado muy bien con…

—Bastien —interrumpió y me miró con preocupación.

—¿Qué ocurre con Bastien, tío?

—Escucha, Debby… Creo que debes alejarte de ese muchacho, mucha gente me ha dicho que sales con él y que tenga mucho cuidado porque no es bueno, él hizo cosas terribles.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté con rabia ante esas palabras de mi tío.

—La gente que viene a confesarse; yo no les creí, pero el padre Joe me lo confirmó. Bastien es muy peligroso y temo por ti.

—Eso no es verdad —le dije llorando con enojo.

—No lo conozco bien y no puedo juzgar a ese muchacho. De hecho, yo me sentía muy feliz de que salgas con él, pero ya son muchas personas quienes me han advertido sobre él durante estos meses y yo solo quiero protegerte, no me perdonaría si ahora te pierdo a ti.

—No me vas a perder, tío.

Fue lo único que le dije antes de levantarme y dirigirme a mi habitación.

Mi tío estaba equivocado, Bastien era bueno y me quería. Es cierto que algo en él lo hacía sentir culpable y prometió confesarme todo, pero no era un mal chico o al menos eso es lo que me había demostrado todo este tiempo.

Esa misma tarde Bastien pasó por mí y fuimos a la pista. Cuando patinábamos me abrazó y puso en mi mano un collar muy hermoso, el dije de plata tenía forma de cruz. Me miró a los ojos mientras me lo entregaba, cuando de repente levantó abruptamente la mirada y se quedó paralizado como una estatua, tomé su mano y estaba helada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté muy asustada.

—Algo anda mal —me respondió muy serio.

Acto seguido me empujó con mucha fuerza hacia un costado, yo caí al suelo de la pista cuando se escuchó un disparo. Vi que a lo lejos estaban Lucas y otro hombre. Ellos lo habían hecho. Lucas había descubierto dónde encontrarnos.

Regresé a ver a Bastien y estaba bien. Ninguno de los dos recibimos el disparo, habían fallado.

Rápidamente Bastien cargó mi cuerpo y me sacó de la pista. Fuimos al auto y me llevó a casa a toda velocidad, se pasó como dos luces rojas del semáforo. Yo le hacía preguntas gritando desesperada por lo que había ocurrido; sin embargo, él no habló en todo el camino, su rostro era de puro odio y su mirada reflejaba un enojo potente.

Finalmente aparcó y me miró a los ojos con tristeza.

—Debby, no te puedo poner en peligro, jamás me perdonaría si algo malo te pasara. Debemos dejar de vernos.

—¿De qué hablas?

—No soy lo que tú crees, hice cosas malas, me relacioné con gente equivocada y ahora debo pagar por mis errores. No permitiré que te hagan daño por mi culpa.

—Pero no quiero que esto sea razón para alejarnos, sé que no eres malo. ¿Qué pasa con los

perfectos momentos que tuvimos, Bastien? —en ese instante comencé a llorar y gritar aún más —. Solo dime de una maldita vez lo que ocurre.

No supo decir nada, me bajó del auto casi a la fuerza y cargándome en sus hombros me llevó hacia la entrada de la casa de mi tío en medio de las confusas miradas de algunos feligreses y vecinos que pasaban por allí dudando si interferir o no. Afortunadamente, ninguno lo hizo.

Aquella noche no pude dormir, las cosas eran perfectas y de un momento a otro todo se arruinó.

Era obvio que me protegía de Lucas y sus amigos. Pero ¿por qué no dejaban tranquilo a Bastien? ¿Qué hizo? ¿Con qué clase de gente se había metido?

Yo no quería renunciar a él, debía ayudarlo como él me ayudó desde el primer día que nos vimos, pero no sabía por dónde empezar.

CAPÍTULO VIII
Verdad

A la mañana siguiente fui donde mi tío Joseba, él me había dicho que Bastien no era bueno para mí, así que seguramente él sabía algo que yo no conocía.

—Hola, tío.

—Buenos días, Debby —se veía muy enojado—.

¿Qué ocurrió ayer?

Comprobé que realmente estaba furioso, pues me lo dijo con el ceño fruncido y con un tono de voz muy alto. Fue raro porque mi tío siempre ha sido muy sereno.

—Quería preguntarte sobre Bastien —respondí procurando desviar el tema de su pregunta, evidentemente no pensaba contarle que intentaron asesinarnos a Bastien o a mí la tarde anterior.

—Intentó hacerte algo anoche, ¿verdad? Los vecinos de la casa del frente estaban muy asustados cuando me lo contaron.

—Bastien no me hizo nada. De hecho, él me pidió que me aleje de él porque no me quiere hacer daño. Pero no entiendo, tío, tú me dijiste que te contaron que él no es bueno, ¿qué te dijeron?

—El padre Joe me aconsejó que te aleje de Bastien, pero no me dio muchos detalles, de seguro él sabrá más que yo.

—Está bien, hablaré con el padre Joe —le dije y caminé hacia la puerta.

—Debby —me detuvo mi tío—. Si Bastien te dijo que te alejaras de él, lo mejor será hacerle caso, eso solo confirma que él te puede hacer daño.

—Pero no lo quiere hacer, tío. Él no me hará daño. Salí de la sala donde nos encontrábamos esa mañana y de inmediato busqué al padre Joe quien estaba a cargo de una capilla muy cercana a nuestro vecindario o parroquia. Era moreno y usaba lentes pequeños y redondos. Un dato muy importante es que era amigo de mi tío desde el seminario y de vez en cuando nos visitaba para almorzar.

Siempre que lo veía me intimidaba mucho, ya que era un hombre muy estricto, pero esta vez no tenía otra opción más que visitarlo y hablar sin recelo alguno con el padre Joe.

—Buenos días, padre, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Claro, Debby, siéntate —respondió.

Me senté en la última banca de su capilla y con mucha incomodidad intenté hablar sobre el tema, pero las palabras no me salían y no sabía por dónde empezar.

—Es sobre Bastien, ¿cierto? —dijo Joe al ver que yo no decía nada.

—¿Qué ocurre con él? —interrogué sin perder más tiempo—. Usted sabe algo que Bastien no me quiere decir, pero yo lo quiero ayudar de alguna manera y sé que usted me puede contar algo que yo no sé.

—¿Qué es lo que sientes por él? —me preguntó directamente el padre Joe.

—Creo que eso no tiene nada que ver con el tema.

—Créeme que ese es el tema; no es normal que lo quieras ayudar, debe haber algo más fuerte y quiero que me respondas para poder responder a tu pregunta de la mejor manera.

—Lo amo demasiado —dije inmediatamente—. Me ha mostrado una nueva vida y gracias a él pude patinar de nuevo, me ha dado razones para seguir adelante, me ha regalado un sueño. Yo sé que Bastien es bueno, pero me dijo que lo mejor será que me aleje de él porque no me quiere hacer daño.

—¿Bastien te dijo eso? Entonces lo que me dijeron es cierto, el terrible Bastien se ha enamorado de una muchachita de Colorado.

—¿"Terrible"? ¿"Lo que me dijeron"? ¿De quiénes habla, padre? No está respondiendo a ninguna de mis preguntas. Y, ¿por qué habla como si conociera a Bastien?

—Está bien, Debby, te contaré una historia que estoy seguro será perturbadora para ti. No quisiera volver a recordarla, pero yo aprecio a tu tío y sé lo importante que eres para él. A veces la verdad duele y es mejor enfrentarla, hija. De verdad te pido perdón por todo lo que vas a escuchar, pero quiero que con esto pienses mejor las cosas en las que te estás involucrando —hizo una pausa antes de continuar—. Bastien es mi sobrino y Adam es mi hermano; en realidad, hermano de madre. Como sabrás, Adam es muy adinerado, así que logró que su hijo lo tenga todo fácil desde muy pequeño, que el mundo girara en torno a él: las mejores escuelas, gimnasios, ropa, auto. Recuerdo todo eso con claridad. Cuando creció, Bast era un joven cómodo y antipático, tenía un cuerpo descomunal por las horribles peleas que siempre odié. ¡Pero el muchacho quería más! Y por malas decisiones empezó a usar ciertas drogas y otras porquerías que lo "ayudaban" a ser el mejor. Sus maestros de pelea eran unos tipos muy horribles que no les importaba la salud de mi sobrino, solo querían que él se volviera una máquina de pelea. Era muy violento en la jaula y eso le hacía ganar todo; poco a poco adquirió fama a nivel local. Tiempo después, unos mafiosos lo contrataron para luchas clandestinas que prometían mucho dinero de recompensa a los peleadores que accedían a ellas. Pues esas peleas eran el entretenimiento de muchos cabezas de la mafia, contrabandistas, apostadores y delincuentes adinerados. Hasta ahora no comprendo por qué mi sobrino quiso meterse en ese tipo de lugares y con esas personas si no necesitaba el dinero —el padre Joe hizo una pausa para sonarse la nariz y limpiar sus lágrimas antes de continuar—. Había un muchacho mexicano que también peleaba en esos lugares, su nombre era Facundo y sus asesores eran rivales a muerte de los jefes y patrocinadores de Bast. Cuando les tocó pelear el uno contra el otro, le ordenaron a Bastien que peleé hasta matar a Facundo y así lo hizo. Mi sobrino se había convertido en un asesino. Las autoridades se enteraron y descubrieron todo lo que Bastien hacía, lo quisieron llevar preso, pero mi hermano hizo todo lo posible para evitarlo; gastó una gran suma de dinero en abogados y logró que Bastien saliera libre. Lo último que supe fue que entró en un centro de rehabilitación y luego viajó lejos del país, donde nadie sabe qué hizo.

Yo estaba completamente helada y pálida al escuchar todo eso.

—Ha pasado más de dos años desde que salió de rehabilitación y cuando me dijeron que estaba saliendo contigo temí por tu vida y le dije a tu tío que te lo advirtiera. Bastien no es lo que tú crees, pero de algo estoy seguro: él nunca renunciaría a nada de lo que quiere y si renunció a ti para protegerte es porque de verdad le has llegado a importar.

No podía creer lo que había escuchado, Bastien un asesino, eso era muy difícil y doloroso de asimilar. No caí en cuenta de que yo estaba llorando hasta que el padre Joe me obsequió un pañuelo.

—Bastien me comentó que tenía una prima que no lo recordaba, pero nunca quiso que me acercara a ella.

¿Sabe por qué?

—Es otro de los secretos de Bastien —dijo con curiosa intriga—. Pero yo no supe nada de Lisa desde que tuvieron el accidente, pues es sobrina de la madre de Bast.

—Si no supo nada de Bastien desde hace años, ¿cómo se enteró que salía conmigo? Es decir, jamás nos ha visto juntos —fue mi última duda porque a ese punto de la conversación ya nada me interesaba ni podía ser más doloroso.

—Me lo dijo una persona cercana a Bastien, quizás él te pueda contar muchas cosas que yo desconozco. Su nombre es Lucas.

Genial, me quería enviar a charlar con un delincuente que me intentó violar y asesinar. Así que preferí tomarlo con calma, respiré hondo para disimular el trauma de todo lo que había escuchado y me marché de la capilla del padre Joe sin decirle nada acerca de Lucas.

CAPÍTULO IX
Un amigo a la fuerza

Transcurrió un mes desde que Bastien me dijo que lo mejor era permanecer alejados y la pasé fatal. Solo dormía, comía y pasaba horas viendo películas tratando de ignorar la maldita depresión que sentía que regresaba a mi vida como un tornado. Aunque mi tío trataba de pasar tiempo conmigo, no lo lograba. Siempre tenía misas o largas jornadas en el confesionario atendiendo a la gente o visitando enfermos que estaban a punto de morir.

Así que tomé la decisión de ir a la escuela, necesitaba seguir con mi vida y retomar los estudios, pues resultaba la mejor opción para distraerme y olvidar todo lo de las últimas semanas.

Cuando sucedió el accidente con mis padres, yo cursaba mi penúltimo año antes de graduarme e ir a la universidad. Estaba consciente de lo atrasada que estaba. De hecho, esa fue la razón de muchas discusiones con mi tío, quien me quería obligar a continuar los estudios en contra de mi voluntad; por supuesto no lo logró y desde hacía ya mucho tiempo se había rendido ante ese asunto.

Pese a que hice intentos por buscar a Bastien y hablar con él, nunca hallé respuesta, era como si la tierra se lo hubiera tragado. Incluso su madre Ana no supo darme una respuesta de ayuda. Al igual que yo, ella estaba devastada cuando la visité, entre lágrimas me dijo que su hijo se había ido de la casa desde lo ocurrido aquel día del disparo, ella también lo buscaba y lo único que tenía de él era una nota que dejó en su habitación explicando que volvería en cuanto corrija su pasado.

Fui donde mi tío para contarle sobre mi decisión de volver a estudiar; obviamente él se alegró mucho. Esa misma tarde me inscribió en el instituto que se encontraba lo más cerca de la casa. Me contó que el director de esa escuela no dudó en aceptarme a pesar de que era dos años mayor al resto de los que serían mis compañeros, pues en ese lugar había varios chicos y chicas un poco mayores, por lo que no sería la única atrasada con los estudios.

—¡Ya está! Mañana inicias clases. No sabes cuánto he rezado para que finalmente me hayas hecho caso en este tema.

—Gracias, tío. Esto me ayudará demasiado para distraerme, lamento mucho no haber ido antes —le respondí avergonzada. Después de todo, Joseba solo quería lo mejor para mí.

Puse en la escuela mis acabadas esperanzas de seguir adelante.

Al día siguiente, me desperté a las seis de la mañana para tomar una ducha y escoger mi ropa del gran primer día, estaba algo nerviosa, puesto que las clases habían comenzado hace un mes y todos ya estaban organizados con sus estudios. Sin embargo, mis deseos por hacer algo nuevo y seguir adelante eran más, eso fue algo que Bastien me hizo comprender, pero él ya no estaba en mi vida, no después de enterarme lo peligroso que podía ser, y más que eso, por la forma en que simplemente había desaparecido. Sabía que debía olvidarlo y fingir que nunca lo conocí. Y a pesar de que tenía muchas dudas, ni loca buscaría a Lucas para resolverlas.

Sonó la campana y el maestro me hizo pasar al frente del salón para presentarme ante el resto de la clase.

—Muchachos, ella será su nueva compañera este año, su nombre es Debby y quiero que la reciban de la mejor manera —dijo un maestro pequeño con una voz intimidante. Al parecer se llamaba Dan y enseñaba matemáticas.

Me senté en un puesto vacío y en silencio llenaba mis apuntes de clase de acuerdo con lo que el maestro Dan nos explicaba.

—Con que otra desertora de la escuela, ¿verdad?

—me susurró una voz muy familiar a mi oído. Cuando volteé para mirar quién era, quedé en *shock*: era Lucas que me observaba con una sonrisa malvada.

No sabía si salir corriendo o gritar a todos los presentes que él era un delincuente y que lo sacaran de ahí, pero no quería hacer una escena en mi primer día de clases y quedar como una loca. Mi única reacción fue regresar la mirada y pegar mis ojos en el cuaderno para no ver a Lucas.

Al final de la hora todos se levantaron para ir a la siguiente clase, pero yo no despegué la vista de mi escritorio, aunque Lucas no tardó en molestarme.

—No mirarás tus apuntes todo el día, Debby.

—Déjame en paz, idiota, ¡no me mires, no me hables, no tienes derecho después de lo que hiciste!

—¿De lo que hice? Vamos, explícame qué es lo que hice.

—¿Intentar violarme? ¿Intentar matar a Bastien en la pista de patinaje? No te hagas el tonto, Lucas, tú sabes qué hiciste y no quiero que me hables o no dudaré en decirle a todos el tipo de persona que eres.

—¿Intentar matar? De verdad eres tan poco observadora, yo los salvé haciendo que el disparo de ese sujeto falle. Yo no quería matarlos, quería salvarlos.

No podía creer eso, yo vi claramente cómo Lucas estaba en el lugar de donde vino el balazo, pero nunca vi que él lo haya hecho, es decir, recordé que había un sujeto a su lado que tenía la pistola. Quizás Lucas decía la verdad, pero no iba a creer en sus palabras.

No quería seguir hablando, así que guardé mis cosas en la mochila y salí al salón de química.

Cuando llegué allí, la maestra me recibió y me explicó que sus clases eran en parejas y que me juntaría con su mejor estudiante: Lucas. Maldita sea, lo que faltaba.

Le rogué que no me empareje con él, pero ella se rehusó. *«¡Demonios!»*, pensé, pues mi día no podía ser peor.

—Haremos los ejercicios y solo hablaremos por cuestiones académicas —le advertí cuando Lucas se sentó a mi lado.

—Tranquila, niñita.

—No me llames así, pervertido asqueroso.

Él rio disfrutando de mi enojo y comenzó a hacer los ejercicios que la maestra nos había encargado para la hora de clase. Cuando le pedí que me entregara la hoja para poder trabajar y dividirnos el taller, me di cuenta de que él ya casi había terminado todo.

—Relájate, yo me encargaré de resolver química y tú encárgate de contarme cómo estás con Bastien —me dijo tan cínicamente que lo que más quería en el mundo era golpearlo.

—Terminamos —le comenté con voz ronca y ganas de llorar.

—No te creo, Bastien no dejaría que te alejes de él así de fácil, tú de verdad le importas —al parecer la noticia realmente lo había sorprendido, hizo una pausa y continuó—. ¿Por qué terminaron?

—Eso no te importa.

—Aunque creas que odio a Bastien, aún me preocupo por mi mejor amigo, él corre riesgo y muchas veces lo sigo para asegurarme de que no le hagan daño —dijo seriamente y sin vacilar.

—Bastien sabe defenderse muy bien, por si no lo sabías.

—Pero él no podrá defenderse solo contra un gran número de tipos armados y yo tengo a mi gente que lo puede proteger.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué lo buscan?

—Bastien tiene secretos que no te quiere contar por vergüenza y miedo a que lo dejes para siempre. ¿Qué tal si nos reunimos una tarde después de clases y te cuento algunas cosas que te pueden interesar?

La verdad quería saber esas *cosas*, el padre Joe me dijo que Lucas sabía muchos secretos. Pero ¿cómo confiar en un hombre como Lucas? ¿Me arriesgaría por conocer los secretos de Bastien y quizás poder ayudarlo o simplemente caería en una trampa?

CAPÍTULO X
La noche oscura del alma, con los pies en el infierno

No podía negarlo, Bastien me seguía importando y a pesar de cómo se fue de mi vida tenía cierta esperanza de que él tenía buenas razones para hacer lo que hizo, o al menos pensar eso me hacía sentir mejor, si esa es la expresión correcta. En verdad no podía ignorar y superar todo lo que viví con él los últimos ocho perfectos meses, yo sabía que cada momento a su lado fue real y que desde que lo conocí él jamás me mintió sobre su amor e intenciones hacia mí.

Por todo eso y más, decidí correr el riesgo e ir esa tarde al apartamento de Lucas que no era muy lejos del instituto. No quiero detenerme para describir cada detalle del aspecto del sitio donde Lucas vivía, simplemente puedo mencionar que el lugar era pequeño, oscuro y muy desordenado, casi repugnante.

—Solo me dirás lo que quiero saber y me marcharé, no quiero estar cerca de ti nuevamente —le advertí al dar el primer paso en su apartamento y mantener la puerta abierta para salir corriendo en caso de que todo sea un engaño por parte de Lucas, incluso tenía un cuchillo en mi bolsillo trasero.

—No te culpo, ese día yo estaba drogado y en verdad me disculpo por intentar hacerte daño… Desde aquel momento no he vuelto a consumir más, me desconocí aquel día y sé que estuvo horrible lo que te hice. De todo corazón, te pido perdón.

¿Era Lucas disculpándose? Por primera vez lo veía sin esa sonrisa hipócrita y burlona en su rostro.

Pero no dije una sola palabra. Lucas continuó segundos después al ver mi reacción de silencio.

—Dime, Debby, ¿qué quieres saber?

—No lo sé, tú eras su mejor amigo. Cuéntame sobre el accidente de su prima Lisa —fue el primer tema sobre Bastien que se me cruzó por la mente, quizás no era el más importante pero solo me surgió preguntar sobre eso.

—Sí, recuerdo ese día. Bastien manejaba el auto y estaba borracho, yo le dije que no lo hiciera, pero no me hizo caso. Por suerte todos sobrevivimos, no obstante, él nunca se perdonó por lo que le ocurrió a su prima. Es una de las razones por las cuales él ya no quiso ser igual y decidió cambiar, o al menos intentarlo.

—Y ahora ella no recuerda a Bastien —comenté de inmediato lamentándolo.

—¿Qué? —dijo Lucas intrigado—. Ella sí lo recuerda, solo que no de la mejor manera, nunca más quiso dirigirle la palabra. Esa noche en el auto esos dos iban discutiendo, Bastien estaba ebrio y fue muy grosero con ella; cuando todo se salió de control, *¡pum!* Estrellamos. Bastien es una persona muerta para Lisa. En ese momento le comenté a Lucas lo que ocurrió aquella noche que quise hablar con ella. Todo tenía cierto sentido, quién sabe lo que hubiera sucedido si nos acercábamos a ella.

Después de un corto silencio le pregunté a Lucas sobre ese tal Facundo del que el padre Joe me comentó.

—Ofrecieron mucho dinero por la vida de Facundo; lamentablemente era un peleador muy importante, y luego de que Bastien lo matara en la pelea, sus amigos y asesores juraron buscar venganza, ya que ese tipo les hacía ganar miles de dólares en apuestas y es por esa razón que hasta el día de hoy quieren matar a Bastien. Pese a que por mucho tiempo todo estuvo tranquilo, en los últimos meses la persecución ha vuelto con intensidad. Uno comete errores, pero meterse

con Facundo es lo más estúpido que alguien pudo haber hecho, lógicamente engañaron a mi amigo, nadie le advirtió las consecuencias de eliminar de la faz de la tierra a un peleador y matón como él.

—¿Bastien de verdad mató a Facundo? —le pregunté con esperanza de que eso fuera una tonta broma, aunque en el fondo la respuesta era cruda, Lucas asintió con la cabeza sin decir más.

—¿Y por qué Bastien y tú ya no se llevan bien?

—Al igual que Bastien, yo también peleaba en las jaulas clandestinas y trabajábamos para las mismas personas, entrenábamos como hermanos y nos sentíamos invencibles; victorias, reputación, dinero, drogas, gimnasios de lujo, mujeres… —Lucas se dio cuenta de que no debió mencionar aquello último y disimuladamente continuó con la historia—. Pero nuestros jefes eran sanguinarios y muy desquiciados: quisieron que peleemos el uno contra el otro, Bastien contra mí para ver quién era el mejor. El premio era una buena cantidad de dinero que yo necesitaba y él comprendió eso, ya que, como ves, vivo solo y sin padres, mientras que Bast siempre tuvo todo el dinero del mundo, por eso perdió a propósito y aunque me cuesta admitirlo, amiga Debby, dudo mucho que yo hubiera logrado vencer a Bastien en una pelea de verdad. Lamentablemente, por esa derrota su reputación en todo el negocio cayó por los suelos y cuando me pidió que les diga a todos que yo no gané justamente, lo negué y él reaccionó muy violento… Desde ese momento nos alejamos. Quizás esa es una razón del porqué aceptó matar a Facundo: para salvar su reputación, sin saber que eso le costaría su tranquilidad hasta el día de hoy —miró al suelo, tomó un largo respiro y continuó con la historia—. Pero aun así es mi mejor amigo. Lo vi crecer, entrenar horas en el gimnasio, en el ring, en la jaula, ¡mientras que yo fui el idiota que lo apoyó en usar drogas, y me arrepiento de eso! De alguna manera quiero ayudarlo. Él siempre fue disciplinado, ordenado, un gran hijo y el favorito de los maestros de la escuela. Siempre fue correcto hasta que yo lo corrompí y arruiné su vida.

Noté que Lucas todavía no levantaba la mirada, en lugar de eso una vena de su cabeza sobresaltaba mientras me contaba toda la historia. No pensaba consolarlo, al contrario, me llenaba de enojo saber que él era quien influyó en las malas decisiones de Bastien, yo solo quería saber más, era el momento de saberlo todo.

—Su tío, el padre Joe, dijo que entró a rehabilitación, ¿qué ocurrió después de eso?

—Supe por sus padres que Bastien consiguió dejar sus adicciones, pero no logró librarse de sus errores del pasado, sinceramente nunca supe muy bien qué hizo luego de rehabilitarse, supongo que viajó para salvar su vida, obviamente; lo que sea que haya hecho sí que lo cambió, hace unos días entré a escondidas en su casa y pude ver su habitación desde el jardín. Docenas de libros y una cruz colgada en su pared principal, él nunca tendría ese símbolo, alguien le lavó el cerebro en sus viajes, pero nada de eso logró que se libere de la gente de Facundo —Lucas hizo una breve pausa y luego comentó—; sin embargo, cuando te conoció lo vi muy feliz y en verdad supe que tú serías la mujer con quien él querría estar para siempre.

Al saber todo eso, mi corazón se exaltó y recordé cuánto amaba a Bastien. Ahora comprendía su historia, sus errores, su dolor y sobre todo no podía ni imaginar lo solo y perdido que se debía estar sintiendo en ese momento.

—Lucas, ¿no te das cuenta? Bastien está en peligro y ni siquiera sé dónde está, debes ayudarme a encontrarlo.

Él me miró con seriedad por unos segundos y dio un respiro profundo.

—¿En verdad quieres saber dónde está?

Yo asentí decidida con la cabeza. Lucas, después de una larga inhalación y exhalación, tomó

unas llaves muy nervioso, y sin pensar bien en lo que me estaba metiendo ya me encontraba con él fuera de su apartamento y dentro de su viejo auto, un Volvo como del año 1980, casi destartalado.

Después de media hora de un viaje en el que ninguno de los dos dijo una sola palabra porque yo estaba ensimismada y asimilando todo lo que ahora sabía sobre Bastien, ya no sentía enojo sino ternura por toda la basura que él había tenido que vivir y culparse por mucho tiempo; nuevamente sentía el amor desbordando en mí al imaginar detenidamente cada palabra que Lucas dijo minutos atrás en su departamento. Fue tanta mi interiorización que apenas noté que Lucas aún temblaba mientras manejaba todo el trayecto, incluso se pasó una luz en rojo; ese fue el único momento en que le grité para que sea prudente al conducir el auto. Finalmente llegamos a una bodega de muy mal aspecto, era un lugar desastroso.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté con recelo y cierto asco.

—Este lugar es donde Bastien cometió muchos errores; errores que quiere acabar de una vez por todas. Entramos a la bodega, la cual era muy vieja y de mala muerte, ahí vimos a Bastien golpeando un saco de boxeo muy grande. Alrededor de él estaban unos sujetos como de cincuenta años fumando habanos y viéndolo entrenar con satisfacción.

Bastien volteó y nos vio ahí.

—¿Qué haces aquí? —se lo notaba muy enojado al verme en ese lugar.

—Yo…

—Yo la traje aquí, amigo —interrumpió Lucas de inmediato.

—¿No te das cuenta de lo peligroso que es este lugar para ella? ¡Eres un idiota, Lucas! Lárgate de aquí y llévala a su casa.

—Ella es la única persona que te puede hacer reaccionar sobre la estupidez que quieres cometer —Lucas lo miraba fijamente a los ojos antes de gritar—. ¡No conseguirás nada asesinando a la gente de Facundo!

—¿Asesinar a la gente de Facundo? Bastien, ¿en verdad quieres hacer eso? —me acercaba lentamente hacia él.

—Es la única forma para que me dejen en paz —me dijo con lágrimas mezcladas con sudor en su rostro lleno de moretones. Se veía muy mal y casi irreconocible en su aspecto y en su mirada, ni siquiera se emocionó ni me abrazó como imaginé que lo haría al verme después de tanto tiempo.

Lucas también se acercó a él.

—No conseguirás nada con eso, irás a prisión y todo por lo que luchaste estos años se irá al infierno, no habrá servido de nada, Bastien, tienes que entenderlo —Lucas observó con recelo a los sujetos de la esquina—. Debes llamar a la policía, eso es lo único que puedes hacer.

—Aquí nadie llamará a la policía —interrumpió uno de los que estaban fumando habano en la esquina, era un sujeto muy gordo que usaba terno y corbata color café—. Bastien volverá a pelear para nosotros y a cambio nos encargaremos de matar a los hombres de Facundo. Ahora salgan de aquí, si no quieren tener problemas —nos advirtió sacando un arma de su refinada chaqueta.

—Tranquilo, guárdala que ya se van de aquí —le dijo Bastien al sujeto gordo mientras volteaba la mirada hacia Lucas, sus ojos se veían asustados y muy abiertos, como dándole una señal desesperada de que corríamos peligro si no nos marchábamos pronto de ahí.

Lucas me tomó del brazo y me sacó del lugar rápidamente. Antes de cruzar la puerta de salida miré hacia atrás y Bastien me estaba observando fijamente con los hombros caídos. Fue terrible ver tanto odio en la mirada de la persona que más quiero en mi corazón y yo tan impotente sin

poder ayudarlo a cambiar su destino.

Los siguientes días en el instituto casi no hablé con Lucas, prefería evitarlo porque me costaba confiar en él tan rápido, pues en mi mente tenía la seguridad de que lo que ocurrió aquella noche fue una simple excepción debido a las circunstancias. Él debía demostrar ser quien realmente decía ser antes de darle mi confianza. A pesar de que trataba de acercarse yo no se lo permitía, pero podía ver que ambos sentíamos la misma tristeza por lo que ocurría con nuestro amigo, porque a pesar de que Bastien y yo éramos pareja, también éramos amigos.

Por otro lado, Lucas era la única persona y el único puente que tenía para llegar a Bastien, así que después de siete días de intentar mantener distancia (a excepción de las clases de química, donde yo solo le hablaba de temas académicos) nos encontramos en la puerta de salida de la escuela y me acerqué a charlar con él.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté con la esperanza de que tenga alguna solución en mente.

—¿Así que al fin me hablas?

—Lo siento, Lucas, no me he sentido bien, responde a mi pregunta, por favor.

—Nada, no podemos hacer nada, Bastien ya tomó la decisión y tendrá que pagar las consecuencias. Hoy tendrá una pelea y lo único que puede hacer es ganar para que sus jefes cumplan el trato y asesinen a la gente de Facundo. Cuando lo hagan, espero que Bastien pueda tener una vida normal y esta vez ya no corra peligro. Mi miedo es que no sé exactamente qué clase de acuerdo hizo con esos tipos, no puedo estar seguro si solo será una o más peleas en las que debe salir vencedor.

—Tengo miedo, Lucas, no me gusta para nada la gente con la que Bastien está negociando.

Lucas colocó su mano en mi hombro como tratando de consolarme, tal situación era irónica y al mismo tiempo incómoda debido a que Bastien y yo nos conocimos porque Lucas trató de violarme, así que no era lo más normal del mundo tener que tratar con él, pero como mencioné, era el único canal para llegar a quien yo amaba.

Esa noche tomé un taxi sin que mi tío se diera cuenta. Me dirigí a las bodegas donde Bastien pelearía, pues recordaba muy bien cómo llegar porque memoricé calle por calle cuando fui a ese lugar con Lucas. Era una decisión que solo una idiota total ejecutaría, pero mi mente no podía más con la ansiedad y el miedo; nunca antes había sentido eso.

Era un lugar repugnante y alejado de cualquier barrio decente de Chicago donde los postes de luz sí alumbran.

Lo impactante era ver unos coches lujosos parqueados fuera de las bodegas, entre ellos el de Bastien.

Me di cuenta de que la pelea no era en la misma bodega que visité con Lucas y donde Bastien estaba entrenando, sino que era en una mucho más grande ubicada al lado izquierdo de la otra, lo supe porque la puerta estaba abierta y unos sujetos fumaban tabaco y habano en la entrada principal. Al ingresar observé mucha gente gritando, casi todos eran hombres, y Bastien ahí, peleando para esos rufianes.

El lugar era similar a un gimnasio de boxeo muy oscuro, con un ring en la parte central, un área de venta de bebidas alcohólicas y a unos cinco metros se encontraba una estructura de jaula octagonal como las de la *UFC*, solo que muy vieja y oxidada. Si estuviera ahí, temería más a una bacteria o infección que a recibir un golpe.

En medio de la pelea, Bastien me clavó la mirada, seguramente no esperó que yo estuviera ahí. Pero no pudo decir ni hacer nada porque en ese momento iba por el segundo *round*. La pelea

avanzaba y era muy pareja; ambos recibían golpes y patadas, por un momento llevaron la lucha al suelo y se vieron unas llaves extrañas que jamás había visto. De repente, Bastien noqueó a su adversario cuando este se descuidó al querer revertir una llave de *Jiu Jitsu*. En ese momento pasó algo horrible que nadie esperó que sucediera: se empezó a escuchar balazos, la iluminación del lugar comenzó a fallar y todo se salió de control, todos disparaban sus armas y yo me agaché al suelo aterrorizada.

No recuerdo muy bien lo que pasó porque la situación era demasiado confusa, pero de un momento a otro me encontraba fuera del horrible lugar a salvo en los hombros de Bastien, quien me gritaba demasiado irritado.

—¡Maldita sea! ¿Qué estabas pensando? No debiste venir.

Yo no sabía qué decir, él tenía razón. Rápidamente me subió a su auto y se dirigió a mi casa a toda velocidad mientras a cada momento movía su cabeza para mirar el retrovisor temiendo a que nos estén siguiendo.

—Voy a matar a Lucas por enseñarte cómo llegar a las bodegas.

—¡Bastien, debes parar! Solo te harán daño y no quiero perderte —le supliqué llorando en el camino.

—No hay nada que pueda hacer, el acuerdo con esos hombres ya está hecho —hizo una pausa—… Debby —continuó. En ese instante advertí que él también se conmovió y derramaba lágrimas en su rostro lleno de sangre—, te juro que cuando todo termine volveré a ti, yo te buscaré, pero te pido que por ahora te mantengas alejada de mí.

Lo miré a los ojos, totalmente enamorada y destrozada.

—Quédate conmigo —supliqué sin encontrar respuesta de su parte. Bastien calló y su silencio fue una helada de invierno en mi cuerpo. En mis ilusiones, su silencio fue una eternidad.

Cuando llegamos a casa, abrió mi puerta del auto y me llevó suavemente de la mano hasta la entrada, donde lo miré a los ojos por un momento en que ambos quedamos frente a frente y de repente me besó suavemente en la mejilla derecha mientras sujetaba dulcemente la otra con la palma de su mano; yo no puse resistencia alguna. Al momento que alejaba nuevamente sus labios, muy lentamente susurró: “perdóname”, y sin decir otra palabra regresó al auto para arrancar y marcharse.

Aquel instante supe que el hombre que un día salvó mi vida cuando ya no la quería tener, el primer amor que había tenido, el gran luchador que me llevó a aquel restaurante sin pedir permiso, aquel que me motivó a patinar sobre hielo a pesar de mis limitaciones y el que me enseñó a tener nuevas esperanzas cada día, ahora estaba involucrado en un mundo peligroso y malvado donde solo me pedía confiar en que todo saldría bien. Bastien Fontaine en ese momento estaba caminando con los pies en el mismo infierno.

CAPÍTULO XI
Milagros

Transcurrieron algunas semanas. Yo pasaba estudiando en el instituto. Lucas ahora se me hacía una buena persona, me ayudaba mucho en clases, ya que prácticamente no me podía concentrar y mis calificaciones no eran nada buenas, algo frustrante porque yo era la mejor estudiante en Colorado Springs. Pero todo tenía una razón y ustedes ya la conocen.

Bajé la guardia ante Lucas, después de todo ya nada me podía hacer más daño y lastimar tanto, ya no tenía miedo a que me haga alguna cosa horrible porque simplemente no tenía fuerzas para cuidarme ni resistir cualquier herida o traición de su parte, sentía que ya no tenía nada que perder en la vida. Pero lo curioso de ello era que Lucas nunca intentó volver a burlarse de mí ni abusar de mi cuerpo en los momentos en que solo sentía debilidad, sino todo lo contrario: era muy decente y a veces dudaba si de verdad era el mismo Lucas que un día me quiso herir o que hacía bromas tontas como en el primer día de escuela, a tal punto que un día me llevó a la pista de patinaje en hielo, dijo que Bastien desearía que yo patine, así que lo hice sola. Lucas solo se sentó a observar, pero a pesar de que estaba haciendo lo que adoraba, me sentía triste al saber que la persona que amaba y me devolvió mi pasión estaba en otro mundo lejos del mío, y si de verdad quería apoyarlo, lo único que podía hacer era mantenerme al margen de su vida.

Me costó mucho aceptar lo que estaba ocurriendo, solo quería dar ese salto cuántico y despertar de mi desastroso estado anímico. Hoy en día comprendo que amar es sacrificarse por tus seres queridos. Muchas veces amar es negarte a ti mismo y a tus sentimientos. Amar es conocer en dónde está tu verdadero valor y alegría. Pues al vivir en un mundo imperfecto, debemos dar sentido a todos nuestros dolores y solo ahí empezaremos a encontrar la verdadera felicidad. En esos momentos yo solo pensaba en mí misma, en lo que yo quería, en lo que yo sentía, y por eso no estaba lista para amar incondicionalmente ni compartir mi alegría con otra persona. No estaba lista para entenderlo, y mientras la vida y el Creador me lo mostraban, aún tenían que suceder muchas cosas más.

Una de ellas ocurrió de forma casi milagrosa, fue un sábado en la tarde en el cual mi tío había comentado que le correspondía decir la misa vespertina de aquel día y que sería especial porque iba a ser en memoria de los tres años de la muerte de mis padres. No me pude negar a asistir a ella debido a que mis padres siempre fueron personas creyentes, y aunque a mí jamás me llegaron a interesar ese tipo de cosas, por amor y en honor a ellos acudí. Esa tarde no hubo mucha gente en la iglesia en comparación con los domingos, pero fue mejor para mí, pues le daba un toque de intimidad y solemnidad al recuerdo de mis padres.

Fue una tarde oscura y un poco lluviosa. No puedo negar que salieron ciertas lágrimas de mis ojos cuando Joseba dijo que esa misa era en honor a Mónica y Charles Scholes por tres años de su partida.

Recuerdo que cuando la misa comenzó, mi tío ingresó desde la puerta de entrada trasera con incienso y cantando himnos gregorianos.

Por esa razón yo volteé y me llamó la atención un hombre ubicado tres bancas más atrás que usaba una capucha que cubría casi todo su rostro. Me pregunté si no era irrespetuoso usar capucha dentro del templo, o eso era lo que mi madre me decía cuando yo era pequeña y me llevaba a la iglesia con vestido largo y velo en la cabeza, pues mi familia gustaba mucho de la solemnidad tradicional.

Más allá de eso, sentí algo muy fuerte cuando vi a ese hombre, de hecho, me sentía muy

observada y nerviosa después de ese momento; y era así, ya que en el momento en que todos se acercaron a comulgar, o sea a recibir la hostia consagrada, yo permanecí sentada con la mirada hacia el suelo recordando a mis padres y hablando con ellos, con sus almas o al menos con su recuerdo… Y el milagro sucedió de dos maneras: la primera es que en ese instante escuché una voz interior que me hacía poner de rodillas. En realidad, eran las voces de mis padres que me decían: “Estamos contigo, él es el indicado, él es…”.

No entendía qué rayos podía significar tal mensaje hasta que sentí una mano en mi hombro, y cuando miré hacia atrás, el hombre encapuchado estaba sentado a mi derecha. Finalmente pude ver su rostro: era Bastien.

No supe cómo reaccionar, estaba paralizada porque era un momento tan intenso y silencioso que él también se puso de rodillas en el reclinatorio de la banca del templo. Junto a mí, observó el altar del frente y habló inclinándose a mi oído.

—Suelo venir a este lugar en secreto cuando nadie me observa y pido por ti, hablo a Dios y a tus padres. Cada vez que estoy de rodillas les pido perdón por el dolor que te he causado, les digo cuánto amo a su hija, les pido su bendición para nosotros y para ti. Debes entender, mi amor, que casi te matan aquel día, no puedo arriesgar tu vida y no puedo perderte.

—¿Qué quieres de mí, Bastien?

—Salvarte.

—¿A costa de tu muerte?

—Un Maestro un día dijo que el amor más grande es aquel que entrega la vida por sus amados.

—Pero yo tampoco quiero perderte, te quiero vivo y junto a mí por siempre.

Supongo que mis últimas palabras tocaron su corazón porque abrió mucho sus ojos al oírlas, como cuando alguien te dice algo que te despierta y reconoces que no habías pensado en ello, y así era. Bastien solo pensaba en salvar mi vida para no perderme, pero en el fondo no estaba consciente de que yo también buscaba salvar su vida porque no quería perderlo, pues en aquel instante no solo abrió sus ojos físicos, sino espirituales. La escena fue interrumpida por la voz de mi tío Joseba que indicaba a todos el momento de la bendición final.

—Sabía que era la misa de tus padres y que por eso estarías aquí. Tú misma mencionaste esta fecha cuando estabas en mi casa. Hoy a las once de la noche te espero en mi auto afuera de esta iglesia, creo que debemos hablar.

Sin darme tiempo para responder, él se alejó y se ubicó en la última banca del templo hasta que la misa finalice completamente.

—Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus. —Concluyó Joseba con la misa.

Cuando mi tío salió del altar, fui apresurada a buscar a Bastien, pero él ya se había ido.

Realmente parecía una ilusión todo lo que había ocurrido, me sentí algo mareada como para ir a mi habitación y esa fue la razón por la cual me quedé un buen rato a solas en el templo.

¿Era una buena señal las voces que había escuchado durante la misa segundos antes de que Bastien hablara conmigo? ¿De verdad eran mis padres los que me dijeron aquello? ¿O quizás Dios? Pero yo no era la mujer con más fe del mundo y por eso no podía ser real, quizás podría ser mi imaginación.

Confusión era el sentimiento que me invadía en aquellos instantes. ¿Qué había ocurrido allí?

Mientras pensaba y pensaba en el templo sobre aquel momento que jamás lo vi venir, observé que mi tío se acercaba a mí.

—Pequeña, ¿estás bien?

—Sí, tío, solo pienso en ellos, la misa fue muy conmovedora.

—Y quizás también lo fueron las palabras de ese chico de capucha, ¿no es así?

—Él era un amigo del instituto que solo se acercó a saludar.

Estaba impactada, era obvio que mi tío nos había visto, y esa fue la única mentira improvisada que se me ocurrió.

—No sabía que Bastien iba al instituto. Quedé helada. ¿Cómo supo que era él?

—No tienes que mentirme, lo he visto muchas veces acá en el templo, siempre con la capucha, pero en ciertos momentos se la retira convencido de que nadie lo ve. Yo sí lo hago porque suelo estar en el confesionario.

—Tío…

—Sé que no es un mal chico y sé que está sufriendo, también lo he visto llorar y también te he visto llorar a ti porque sé que lo amas. Sobrina mía, es momento para que deje de ser un tío lejano o un obstáculo y autoridad de la que debes ocultarte, ya es tiempo de asimilar que ya no eres una niña. Quiero darte mi apoyo con Bastien, sé que lo amas porque se nota el brillo en tu mirada cada vez que menciono su nombre.

—¿Y qué pasa con lo que me dijiste de él hace unos meses?

—Tengo miedo y no te lo voy a negar. Es verdad que me han dicho cosas malas de él, pero también sé que debo ser un mejor sacerdote y dejar atrás los prejuicios contra Bastien. Reconozco cuando una persona siente arrepentimiento de su pasado, no me importa si él erró, lo que me importa es que seas feliz.

Mientras miraba fijamente los ojos de mi tío supe que ya no estaba sola. Era una carga tan pesada que él alivianó al mostrarme su perdón y apoyo a Bastien. Lo abracé tan fuerte que lloraba de alegría.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión, tío?

—Me vas a creer loco, es mejor que no te lo diga.

—Por favor, quiero saberlo.

—Fue durante la misa de hoy. Al momento que recitaba la fórmula previa a la bendición final, sabiendo que Bastien estaba junto a ti, sentí enojo. ¡Estuve a punto de interrumpirlo todo para ordenarle que se alejara de mi sobrina! Entonces, una voz me detuvo y escuché en mi alma las palabras: “Debby está conmigo, él es el indicado, él es…”.

Casi eran las MISMAS PALABRAS que yo escuché en ese mismo instante, no era mi imaginación, eran REALES. Caí de rodillas con un llanto de muchas emociones, mi cuerpo se estremecía y temblaba locamente.

—¿Estás bien, Debby?

—Esas palabras… ¡yo las escuché, tío, yo las escuché!

—¡Dios mío! —Mi tío se arrodilló junto a mí, abrazándome con un brazo y bajando la cabeza con reverencia al mismo tiempo que temblaba.

—Tío Joseba, ¿quién crees que nos habló? ¿Eran mis padres o…?

Mi tío lloraba mucho. De verdad es difícil describir la intensidad de aquel momento, pero les juro que era algo real y muy fuerte.

Después de un instante, Joseba se puso de pie y con firmeza miró mis ojos antes de decir sus últimas palabras de aquella conversación.

—Dios trabaja de formas misteriosas. Pregúntate a ti misma: ¿conoces sus caminos?

Me dio un beso en la frente y salió del templo. Yo jamás creí en los milagros ni en un Dios, pero aquel día supe que eran reales: los milagros eran reales.

CAPÍTULO XII
El plan

Ya eran casi las once de la noche cuando salí en silencio de la casa para no despertar a mi tío, y efectivamente Bastien estaba esperándome junto a su auto, pero había un hombre conversando con él y era alguien que no esperaba.

—Sobrina, creo que es muy peligroso que hablen aquí afuera a estas horas. Les daré la llave de la pequeña capilla de la casa, allí estarán más seguros de los enemigos de Bastien.

Esa noche me enteré sobre la existencia de una capilla escondida dentro de nuestra casa. Al parecer, ese era el lugar secreto donde Joseba realizaba sus oraciones profundas a las cinco de la mañana.

—¿Cómo supiste?

—Yo se lo conté todo, Debby —interrumpió Bastien—. Ya es momento de que haga las cosas de manera correcta y sin ocultarme de las personas que amo, y tu tío merece saber la situación en la que estamos… No quiero que él te vea sufrir más.

Ese día seguía dándome sorpresas. Era especial no solo por el tercer aniversario de mi última victoria de patinaje sobre hielo y no solo por el tercer año de la muerte de mis padres, sino porque en esa misma fecha las cosas parecían volver a su rumbo con mi tío y con Bastien. De hecho, ahora ellos estaban trabajando juntos, y no me refiero a que mi tío nos haya prestado las llaves de un lugar seguro, sino que también estaba ideando un plan para atrapar a los hombres de Facundo que amenazaban a Bastien y así poder entregarlos a la policía, e incluso un plan B en caso de que eso no funcione, para que él pueda salir de la ciudad y se refugie por un tiempo en un convento lejano, donde mi tío tenía contactos que nos podían ayudar. En eso consistió la mayoría de la conversación que tuvimos los tres aquella noche en la capilla.

—Pero si tienes que salir de la ciudad yo quiero ir contigo —afirmé cuando mi tío dio esa idea del refugio temporal para Bastien.

—Debes estar aquí con tu tío, además es mejor que acabes la escuela.

—Ya hemos estado apartados por mucho tiempo, la acabaré en otra ciudad si es necesario.

—No lo sé, Debby, creo que es importante lo que tu tío opine sobre esto.

—Yo opino —habló Joseba inmediatamente— que mi sobrina es libre de elegir su camino, ya no es mi pequeña Debby. Solo debes jurarme que la cuidarás con tu vida en caso de que el plan falle y tengas que irte de Chicago.

—Tío, jamás creí que dirías eso, no sabes cuánto significa para mí que me permitas elegir.

—Cuando tus padres murieron jamás tuviste la opción de escoger dónde vivir. Sin preguntar, te traje conmigo y te obligué a vivir en esta casa donde sé que no eres feliz, lo hice porque juré ante la tumba de tu padre que te protegería siempre, pero nunca me preocupé de cuidar y velar por tu felicidad, y si este chico te hace feliz y se aman, pues entonces estoy seguro de que es lo mejor… Solamente tendría un fuerte dilema espiritual y moral sobre la idea de que se vayan juntos.

—No tiene que decirlo, padre Joseba —dijo Bastien inmediatamente al comprender a qué se refería mi tío, pues Joseba era muy recto e irreprochable en todo aspecto, sobre todo en aquel complicado asunto de la castidad, la cual practicó desde muy joven—. Yo también conozco el valor y la importancia de esperar. Créame que estoy dispuesto a cuidar el corazón y cuerpo de Debby tal como sus padres lo desearían. He tenido que cometer muchos errores para finalmente comprender el valor de la pureza… Y no dude que incluso estoy dispuesto a hacerla mi esposa

en cuanto ella se sienta lista y todo esto acabe.

Al oír sus palabras, me abalancé a abrazar muy fuerte a Bastien y en medio del abrazo, Joseba lo miró muy sorprendido.

—Debo disculparme contigo por intentar alejar a Debby de ti, no debí juzgarte sin siquiera intentar conocerte, sé que no eres un mal chico, incluso aunque tu tío, el padre Joe, no crea lo mismo. Pero sé que si él te hubiera visto cada día en el templo buscando hacer lo correcto como yo te vi, pensaría diferente.

—Padre Joseba, no culpo a mi tío Joe por lo que haya comentado, él conoció lo peor de mí y jamás me acerqué a él para mostrarle mi cambio. Él dijo lo que dijo para proteger a Debby de alguien como yo, pero usted debe saber que amo a su sobrina con todo mi corazón y jamás dejaría que le hagan daño. Si ella decide huir conmigo, juro que la protegeré con mi vida.

—¿Qué tanto hablaron ustedes dos ahí afuera hace un momento? —les pregunté muy feliz al ver el respeto y entendimiento que ambos tenían con el otro.

—Solo la verdad —dijo Bastien—. Toda la verdad sobre lo mucho que significas para mí.

Y así nacieron las esperanzas de un nuevo comienzo y de un nuevo futuro para todos.

Las noches siguientes, Bastien venía a la casa, donde mi tío y yo lo esperábamos para continuar con el primer plan que consistía en hacer que capturen a tales sujetos. Una noche me sorprendió ver que Bastien llegó con Lucas, pues aquella misma mañana en la escuela Lucas me contó que ambos finalmente habían hablado; al parecer Bastien confiaba más en él al saber que nunca me volvió a hacer daño, sino todo lo contrario, que fue un gran amigo todo ese tiempo. No estoy segura de la charla que tuvieron ellos dos, pero estaba confirmado que Lucas nos iba a ayudar con cualquiera de los dos planes, después de todo, era claro de lado de quién estaba nuestro amigo en común y desde el principio Bastien supo que Lucas fue quien ayudó a desviar el balazo con el que quisieron matarlo la tarde que ocurrió aquel incidente en la pista de patinaje; por eso decidió volver a confiar en él. De verdad, las cosas estaban tomando orden y paz, todos juntos trabajando para acabar con esa pesadilla.

—¿Has hablado con tus padres? —le pregunté a Bastien una de aquellas noches antes de que salga de la pequeña capilla donde todos nos reuníamos en secreto.

—Sí, una madrugada los fui a visitar porque evito salir durante el día por temor a que alguien me vea y descubra dónde estoy viviendo: es un cuarto un poco apartado de la ciudad, ya sabes, por seguridad.

—Entiendo, pero ¿cómo están tus papás? Una vez fui a buscarte y tu mamá estaba realmente mal por todo esto, ella no merecía tal dolor.

—Lo sé, ella es la que menos merece sufrir por mis asuntos, yo la amo mucho. Mi madre se echó a llorar y me abrazó cuando la vi nuevamente, le expliqué todo lo que había pasado este tiempo y el plan que estamos ideando. Ahora la visito algunas madrugadas que acordamos anticipadamente, pero con mi padre mantengo la distancia.

—¿Por qué?

—Sabes que desde hace mucho tiempo él cambió… se volvió frío y alejado de todo el mundo. Me insultó horriblemente cuando los visité el primer día. En parte tiene razón, pero todas las conversaciones importantes las estoy manteniendo con mi madre. Solo espero que un día mi papá vuelva a sentir orgullo y alegría de mí. Él jamás se dio la oportunidad de conocer al verdadero Bastien porque al igual que mi tío, el padre Joe, solo ve al peleador violento de peleas clandestinas y necesitado de rehabilitación.

—Bastien… —dije suavemente.

—Tranquila, Debby, sé que Lucas y Joe te contaron toda la historia de mi pasado y no me enoja que lo hayan hecho. Yo debí hablarte de ello desde el principio —sonrió levemente y en su mirada podía ver al Bastien real, el que yo conocía y amaba—. Creí que podía manejar esta situación yo solo. Algo que he aprendido es que un hombre siempre debe proteger a su chica. No te conté mi situación porque estaba seguro de que me mostraría débil y no quería ser vulnerable. Si yo era fuerte, nuestra relación sería fuerte. Pero todo cambió el día del disparo… Esa noche yo quería regresar a tu casa y decirte todo lo que pasaba, pero cuando estaba a punto de timbrar a tu puerta, recibí en mi celular un mensaje de amenaza de muerte no solo contra mí, sino contra ti. Por esa razón decidí apartarme de ti y exterminar a esos sujetos. Creí que así te estaba protegiendo, pero me di cuenta de que no estaba cuidando tu corazón.

—Bastien, ya pasó —dije—. No debes preocuparte por eso, yo estoy contigo y pase lo que pase te seguiré a donde vayas. El mundo podrá destruirse, los malvados podrán perseguirnos, pero mientras yo esté a tu lado, siempre estaré a salvo.

Él tomó mi mano con dulzura y entrelazó sus dedos con los míos. Supe que ese momento marcaba la señal de nuestro nuevo voto, nuestro nuevo comienzo que prevalecería eternamente.

CAPÍTULO XIII
Un giro inesperado

Después de algunas semanas desde que iniciamos el plan A y B, casi todo estaba listo. Íbamos a utilizar a los mismos jefes de Bastien para llegar a los de Facundo y realizar un falso atentado en las bodegas clandestinas, en el cual la policía iba a estar anticipada. Detallaría con más exactitud el plan, pero prefiero ahorrar vanas palabras porque jamás se dio como lo esperábamos; de hecho, nunca sucedió.

La tarde antes de la ejecución del plan fue una en que me dolían mucho mis pies. Recuerdo claramente que recibí una visita de Lucas, quien estaba sudando.

—¿Qué te ocurrió?

—Es Bastien, está mal —dijo llorando. Rápidamente tomamos un taxi al hospital y a lo lejos, en el área de emergencias, observé a Bastien con vendas en la cabeza y el rostro totalmente destrozado.

—La doctora me dijo que recibió un balazo cerca del hombro, también lo golpearon con una clara intención de matarlo, está inconsciente en terapia intensiva y lamentablemente no despierta —Lucas me abrazó al contarme tal cosa.

La noticia me dejó en *shock*. Esos rufianes por fin habían logrado hacer daño a Bastien, y no solo eso: además lo dejaron en un estado entre la tierra y el cielo donde nadie sabía si iba a despertar o morir.

No sabía qué sentir, era algo inexplicable y narrarlo nuevamente hace que reviva ese sentimiento en mi corazón… Pido disculpas, me cuesta dar muchos detalles de esa noche.

Recuerdo que sus padres llegaron al hospital minutos después que Lucas y yo. Me dio mucha ternura ver a su madre llorando desesperadamente y a su elegante y sobrio padre sin decir una sola palabra, pero temblando al ver a su único hijo en ese estado.

—¡Lucas! ¿Qué sucedió, cariño? —preguntó Ana que parecía estar al borde de la locura.

—En verdad lo siento mucho, supongo que lograron localizar el lugar donde estaba escondido y esta vez vengaron la muerte de Facundo.

—No es posible, el caso de Facundo ya estaba quedando en el olvido, esta semana ustedes iban a ejecutar el plan para encerrar a esa gente en prisión —insistió la madre.

—Para ellos nada queda en el olvido —respondió Lucas sin poder asimilar la situación de su mejor amigo—. No es como jugar a las escondidas, esos hombres no pierden el tiempo.

Su madre permaneció en el hospital toda la noche al igual que Lucas y yo. Durante esas horas, Adam, el padre de Bastien, se acercó a Lucas como a las tres de la mañana; ninguno de nosotros podía dormir y por eso escuché su conversación.

—Sabes que la policía no hallará a los causantes de esto, pero tú sabes las cosas con más detalles y por eso te pido que te encargues de ellos.

—Le prometo, señor, que me vengaré de cada uno de esos tipos —dijo Lucas—. Cueste lo que cueste, ellos lo pagarán.

—No tienes que hacerlo, Lucas, es muy peligroso y podrías ir a la cárcel —interrumpí su conversación de inmediato.

—Es algo que debo hacer, Debby. Esos desgraciados deben pagar por todo esto.

Adam me miró con frialdad por un momento.

—Eres la muchacha con la que mi hijo estaba saliendo —dijo—. ¿Sabes? Él estaba muy bien poco antes de conocerte.

—Eso no es cierto, Adam. No la molestes más —interrumpió Ana de inmediato.

Pero él prosiguió.

—Los últimos meses, por primera vez mi hijo y yo nos empezábamos a llevar bien, finalmente lo estaba recuperando después del viaje que realizó antes de retornar a casa —bajó la cabeza para respirar y una vena de su frente resaltaba entre las demás—. Pero de un día para el otro se alejó de mí por una muchacha… Por ti. Todo eso lo dijo mientras Ana insistía en callarlo, pero nada lo interrumpió.

Yo comencé a llorar mientras Adam salía de la sala de espera. Las palabras de su padre eran ciertas: Bastien había vivido tranquilo en la ciudad un tiempo sin mí y por lo visto de maravilla con su familia, hasta que llegué a su vida y todo se arruinó.

—No llores, linda, Adam está muy afectado por lo que ocurrió, él no quiso hacerte sentir mal —aseguró—. Bastien me hablaba mucho de ti y, por lo que me decía, tengo la seguridad de que eres alguien muy especial para él, tú eres una bendición en su vida. No te sientas mal, mi pequeña, estoy segura de que llegaste a él por una razón que nadie podrá comprender en este momento.

Sonreí con tristeza. Saber que Bastien era feliz conmigo me hacía sentir un poco reconfortada, pero de nada servía si él estaba en esa mortal situación.

—Recuerdo cuando era un niño —continuó Ana—. Mi hijo hacía berrinches cuando no obtenía lo que quería, siempre luchaba por conseguir sus deseos y estoy segura de que él luchará por vivir, y también sé que serás su inspiración y fuerza para que lo consiga… Lo conozco muy bien y no es un mal muchacho como muchos creen, de hecho, es el mejor hijo que una madre podría desear. Es verdad que cometió errores que ni su padre todavía perdona, pero el amor de una madre es tan inexplicable que, aunque el mundo lo ve como un demonio asesino, yo solo puedo verlo como el niño pequeño que un día cargué en mis brazos.

Era impresionante, pero ella sonreía mientras me contaba aquello, como ignorando que ahora Bastien estaba al borde de la muerte.

Luego me habló de la peculiar cruz que colgaba en su habitación, la que observé el día que nos conocimos. Ana se la había regalado cuando Bastien ganó su primera competencia de artes marciales a los trece años, detalle que yo desconocía porque nunca supe que él competía desde que era un niño.

—Mi pequeño me abrazó y juró conservarla para siempre, pese a que años después, en su época oscura, la guardó en una caja; pero antes de esos días yo lo observaba de rodillas con la cruz en sus manos, a veces con lágrimas y otras veces riendo como si alguien le susurrara algo hermoso al oído. Por eso sé que mi hijo nunca perdió la inocencia en su corazón y por eso estoy y estaré segura de que Bastien no es lo que dicen de él, pues mi hijo es el ser humano que más amo, y aunque se equivocó muchas veces, nunca dejó de ser quien realmente es.

Quise decir algo, pero no me salían las palabras idóneas, así que simplemente la abracé muy fuerte. Y en su abrazo sentí el recuerdo de mi propia madre, como si fuera ella o como si su amor estuviera presente a través de Ana.

«*¿De verdad Bastien era creyente desde pequeño?*», me preguntaba en mi interior. Siempre pensé que esa cruz era solo una decoración para él. Es una parte que nunca compartió conmigo a excepción de aquel milagroso día del tercer aniversario de la muerte de mis padres, cuando me habló en la iglesia.

Ella miró mis ojos sonriendo antes de dirigirse a las sillas de espera para acomodarse e intentar dormir un poco.

Estuve en el hospital toda la noche. En un momento llegué a rezar inspirada en la historia que

Ana me confió. Aunque no lo mencioné antes, orar era algo que no había hecho desde que mi mamá y papá murieron, yo había perdido totalmente la fe después de eso. Dudaba mucho y hablar de ángeles me parecía absurdo, vivía enojada con el Dios de mis padres por llevárselos. Pero esa noche traté de hablar con Él, y cuando lo hice experimenté una paz muy peculiar. Tuve exactamente la misma sensación y escuché la misma voz que semanas atrás había hablado a mi corazón diciéndome: “Estamos contigo, él es el indicado”, pero esta vez no sabía si creer.

Al día siguiente desperté con dolor de cuello debido a que había dormido en la silla de la sala de espera. Recibí la noticia que Bastien seguía en el mismo estado, pero con una leve mejoría. Después de ello salí del hospital, tomé un taxi y fui a casa.

Al llegar, vi que mi tío celebraba la misa y cuando finalizó me acerqué a contarle lo sucedido. Reaccionó muy mal, de hecho, derribó una silla que estaba cerca y gritó con dolor y llanto mientras me abrazaba con todas sus fuerzas. Jamás imaginé que le afectaría tanto como a mí, de esa manera pude comprobar que Joseba había llegado a querer mucho a Bastien gracias a aquellas semanas que compartimos todos juntos. Aunque me partía el corazón, fue muy curioso observar a mi tío con tanta aflicción tras la noticia, él era un sacerdote muy sereno, pero eso no le impedía sentir dolor, en ese momento percibí su humanidad tan sensible como la mía y la de todos nosotros.

Cuando mi tío se tranquilizó, entramos un rato en la capilla secreta donde por un tiempo nos habíamos reunido Bastien, Joseba, Lucas y yo cada noche. Recordé esos momentos en los que de verdad sentía que los cuatro éramos como una familia. Aún tenía la esperanza de que Bastien despertara en algún momento.

CAPÍTULO XIV
Anuncio de un final

Pasaron dos eternas semanas desde que Bastien estaba en coma y aún no se recuperaba; era muy difícil para mí. Visité el hospital todos los días para verlo y los doctores repetían: “no hay mejoría, simplemente se mantiene igual”. Por otro lado, yo traté de ir al instituto con normalidad para mantener mi mente ocupada las mañanas y las tardes con las tareas, además que hace ya un buen tiempo conocí a dos compañeros muy agradables que se llamaban Marcus y Julia. Por lo general estudiaba con ellos y en el receso solíamos comer sándwiches de queso en la cafetería de la escuela; eran buenas personas y pasar tiempo con ambos era gratificante. Sin embargo, jamás les mencioné nada sobre Bastien ni los problemas que había pasado por su situación, prefería mantenerlo en secreto, ya que detrás de aquello estaban implicadas personas muy peligrosas y no quería asustarlos o que creyeran que era una mujer rara e involucrada con pandillas o cosas por el estilo.

Por otra parte, Lucas se portaba muy extraño, casi no hablaba conmigo y cuando me acercaba, él se alejaba más. Así que una tarde decidí seguirlo.

Cuando las clases acabaron, Lucas rápidamente salió de la escuela, yo tomé un taxi y lo seguí. Él se dirigió a un lugar muy extraño y empezó a hablar con unos sujetos mientras yo me ocultaba a unos cien metros de ellos para espiarlos. Observé que Lucas les entregó dinero y luego cada uno se marchó por distintas direcciones… Cuando uno de ellos se acercó me di cuenta de que tenía un arma.

Recordé la conversación que semanas atrás mantuvieron Lucas y Adam; supe que esos sujetos encontrarían a los causantes del estado de Bastien, pero la verdad no tenía sentido hacer eso, la venganza no despertaría a Bastien. Tuve mucha rabia por la estúpida actitud de Lucas, sentía mil problemas caer de golpe a mi vida y no querer detenerse.

Con temor a que me descubran, salí de ese lugar y me dirigí a casa. En el camino crucé por la pista de hielo y me detuve ahí un momento para observar a la gente patinar con alegría. Sin saber por qué, me dejé llevar por mi intuición, alquilé unos patines y empecé a deslizarme sobre el hielo. Empecé suavemente porque no había entrenado por un buen tiempo y sentía dolor en mis pies. De repente, un sujeto me frenó.

—Veo que patinas muy bien, linda… Habrá una competencia en tres meses y mi compañera tuvo que salir de viaje. ¿Qué tal si hacemos pareja los dos para la competencia? —me preguntó un tipo de unos veinte años, moreno y delgado.

—No, gracias —le respondí—. La única persona con la que competiría en pareja sería con mi novio.

—¡Oh vamos! Te he visto entrenar desde hace meses por aquí, yo soy el mejor patinador de la zona, te va a gustar ser mi pareja —me insistió y a la fuerza tomó mi mano y empezó a halarme por la pista mientras yo ponía resistencia.

Intenté detenerlo muy enojada cuando, de repente, alguien apareció muy rápido detrás de mí (es decir, por el frente de ese tipo) y lo golpeó muy fuerte en el rostro.

—Jamás toques a la chica de Bastien —era Lucas que lo derrumbó al suelo. Pero al momento que el otro se levantó, silbó fuertemente mientras se acercaba otro sujeto algo gordo y como de 1,90 metros de estatura.

—¡Imbécil!, veamos si te sigues haciendo el valiente —le amenazó a Lucas.

Los dos cretinos se abalanzaron para acabar con Lucas y yo sin pensarlo dos veces me

acerqué al primero de ellos y lo golpeé fuertemente recordando lo que Bastien me había enseñado hace un tiempo en su casa, aunque admito que también usé el viejo truco de clavar mis uñas en sus ojos.

Logré que cayera al suelo mientras que Lucas se encargó del más alto y corpulento; concluí que también era un gran peleador porque destrozó por completo al sujeto grande hasta que finalmente los dos huyeron de la pista.

—Gracias —le dije casi sin poder respirar de la agitación de la pelea y el susto más grande que había tenido en mi vida—. ¿Qué haces aquí? —pregunté con algo de vergüenza.

—Debby, no eres muy buena siguiendo a alguien, fue muy peligroso lo que hiciste y si esos sujetos te hubieran visto, estarías muerta.

—Últimamente has estado muy raro y quería saber qué te sucedía. Lo siento, Lucas, no se repetirá —pero recobré un poco el coraje y me retracté—. De todos modos, es muy idiota lo que estás haciendo. Si sigues negociando con esa gente, no vamos a conseguir nada más que problemas.

Me observó por un momento a los ojos y finalmente respondió, o, mejor dicho, gritó:

—¿Piensas que es fácil para mí ver a Bastien en el hospital? ¡Esos sujetos pueden encargarse de los causantes de todo esto y no te das cuenta! No te entrometas, Debby.

—Bastien me dijo lo mismo al principio de este problema, dijo que no me entrometiera y ahora mira en qué estado está, no quiero que pase lo mismo contigo.

Él me observó… No sabría describir si con enojo por lo persuasiva que podía ser o con dolor de la situación.

—Aunque es irónico, Lucas, te perdoné hace tiempo lo de aquel primer día. ¿Sabes por qué? Porque ahora te considero mi amigo.

Sin quedarme un segundo más, salí de la pista rápidamente, y mientras me retiraba los patines vi que Lucas seguía allí. No me miraba, solo estaba de pie sin mover su cuerpo después de oír lo que salió de mi boca.

Regresé a casa y mi tío Joseba me estaba esperando en la entrada, dijo que quería hablar conmigo así que nos sentamos en el jardín.

—Debby —dijo—, entiendo lo que has estado pasando estas últimas semanas. Hoy fui al hospital a verlo y puedo decir que salí totalmente abatido. El ambiente es muy triste y he notado que vas allá casi todos los días. Tú conoces cuánto he llegado a apreciar a Bastien y sabes que siempre tendrás mi apoyo con él, pero creo que debes tener un momento de distracción, es decir, no has salido a ningún lado que no sea esta ciudad. Conseguí un permiso y el padre Joe me reemplazará en las misas de este fin de semana para que podamos ir de campamento. Quiero ver cómo te has sentido este tiempo, quiero que te distraigas de todo. La naturaleza jamás decepciona y estoy seguro de que ayudará mucho.

La noticia de ese paseo me cayó por sorpresa. Recuerdo que solía hacer ese tipo de salidas con papá y mamá, temía que fuera incómodo con mi tío, pero valía la pena intentarlo y no me equivoqué, puesto que aquel viaje marcó el inicio del final de esta historia.

CAPÍTULO XV
El campamento

Rápidamente llegó el sábado. Mi tío sacó su vieja camioneta y nos fuimos a una montaña cerca del límite entre los estados de Illinois y Wisconsin; fueron tres horas de viaje hasta finalmente llegar. Preparamos juntos la comida, prendimos una pequeña parrilla portátil donde asamos carne, maíz y unos huevos fritos.

Recordamos que cuando yo era una niña, Joseba me llevaba a la montaña los veranos. Yo quería mucho a mi tío cuando era pequeña; antes de su ingreso al seminario, él vivía en Colorado, y esos veranos eran geniales porque mis padres trabajaban y quien cuidaba de mí era Joseba.

Vinieron a mi mente tantos recuerdos a su lado… Y pensar que años después llegó a convertirse en un extraño; pero eso no me detuvo, ya que no era tarde para empezar de nuevo, y por primera vez en mucho tiempo supe lo mucho que él significaba para mí, aunque ahora sea un hombre solitario que siempre usa sotana negra.

Reímos y cantamos toda la tarde, cada uno armó su tienda de campaña y luego prendimos una fogata para la noche. Cuando finalmente oscureció, conversamos sobre Bastien; no recuerdo claramente cómo surgió ese tema. Un momento después, mi tío tuvo que ir por madera porque el fuego de la fogata disminuía; mencionó que tardaría media hora hasta recolectar lo suficiente.

Esos instantes que me quedé a solas con el tema de mi novio en el limbo hicieron que me sienta triste. Bastaron segundos para recordar nuevamente todo el asunto y lloré como si se acabara mi mundo. Me acompañó también el recuerdo de mis padres muertos y de las personas malvadas que lastimaron a Bastien. Una bomba de ansiedad había explotado mi mente en tan solo un momento. Solo quien alguna vez ha sufrido etapas de depresión o ansiedad en su vida puede comprender muy bien lo que estoy diciendo. Me refiero a que puedes estar bien y en tan solo un instante esas sensaciones e ideas que roban tu alegría vuelven a tu cabeza, no es algo que uno atrae por voluntad propia. Dominar nuestra mente es el reto más grande que muchas personas tenemos que conquistar, pero en ese instante no pude hacerlo.

Mientras recordaba lo hermoso que fue pasar con mi tío y la paz que sentí aquella tarde, también recordé que nada había cambiado. Después de todo, cuando volvamos a la ciudad todo seguirá igual: Bastien en el hospital, mis padres muertos, mis pies débiles, Lucas y yo peleados, y mil cosas horribles que al recordarlas me odiaba a mí misma por no poder controlar mis malditos pensamientos que me hacían llorar sin consuelo.

Por favor, les ruego que no me juzguen al leer la historia de esta mujer sufridora que en un momento dejó de controlar sus sentimientos. Créanme cuando les digo que conozco lo que es la depresión, una enfermedad que no se la desearía ni al peor de mis enemigos porque te roba los momentos mágicos, se apodera de tus miedos y parece que nunca se irá de tu vida.

Dentro de mí vivían dos seres contrarios y enemigos a muerte: el uno, que día a día trataba de ser feliz, mientras que su oponente intentaba aplastar aquellas ilusiones… En esos momentos ganó el más fuerte, cual dragón destrozando mi vida. ¿Acaso el amor puede causar tanto dolor? ¿Cómo es posible que un sentimiento que al principio fue tan puro ahora causara este dolor en mi vida? Recordé el día que conocí a Bastien, fue después de un intento de lanzarme por un puente y en aquel instante hubiera preferido haberlo hecho.

No sabía qué pasaba por mi cabeza en esos momentos, solo quería alejarme de todo y estar sola, así que corrí sin rumbo hasta que mis pies me tumbaron al piso a unos quinientos metros de

nuestro campamento.

En el suelo, llorando desesperadamente empecé a gritar:

—¡Dios mío! Haz que esto acabe, por favor, mátame. Sé que ya no hay esperanzas para mí… Perdí la batalla, me rindo.

—¿Te rindes? —escuché una voz muy cerca de mí.

Cuando levanté la mirada, un anciano estaba ahí con una linterna alumbrando mi cara.

—Aléjese, no me haga daño, por favor —le rogué.

—No te haré daño, niña, pero escuché tus palabras y veo que estás pasando por un momento muy duro. No dejaré que pidas la muerte… No voy a permitir que digas que las esperanzas han acabado, eso no, mi pequeña.

—Digo la verdad, anciano. El mundo es cruel y solo veo maldad a mi alrededor, han pasado desgracias en los últimos meses y la única persona que creí amar me defraudó y ahora agoniza. No puedo controlar mis propios pensamientos y miedos. ¡¿Acaso sabe lo que es eso?! —prácticamente le grité con mucha ira y lágrimas empapando mis mejillas.

El anciano hizo una pausa, me miró con ternura y dijo:

—Estás herida, levántate.

—No puedo, mis pies no me responden.

Él me levantó y me llevó a una cueva que estaba muy cerca de ese lugar. A pesar de su edad era muy fuerte físicamente, dado que no tuvo problemas para cargarme durante todo el camino.

—Déjame contarte una historia, Debby.

¿Cómo supo mi nombre? No lo sé, pero de lo que estoy segura es que aún recuerdo la historia que me contó el anciano aquel día. Creo que Dios envía a las personas correctas cuando más las necesitamos.

CAPÍTULO XVI
La aventura de Bastien.
Alemania

Mi nombre es Cristóbal y nací en Chicago. Al igual que tú, perdí a mis padres cuando tenía doce años; después vendí toda la herencia que me dejaron y me mudé a la India, donde aprendí muchas técnicas de meditación trascendental y yoga. Cuando regresé por un tiempo a mi ciudad natal, conocí a un joven novicio que anhelaba convertirse en sacerdote católico.

Muchos me llaman "el profeta" porque desde niño tenía sueños que después se volvían realidad, y también he soñado con personas desconocidas quienes tarde o temprano yo llegaba a conocer. Los místicos y religiosos que saben esto han concluido que es un don divino. Me convertí en un "maestro espiritual", o al menos así me llamaba Bastien.

Este chico es uno de aquellos que ya había visto en mis sueños muchos años atrás. Recuerdo esa pesadilla en la que lo vi en una jaula de pelea. Él estaba encadenado a ella mientras sombras negras lo lastimaban con golpes y patadas. Yo me acercaba lentamente hasta tocar su hombro y cuando lo hice, él vio fijamente mis ojos y gritó muy fuerte: "¡Ayúdame!". Desde ese momento busqué a ese pobre muchacho por muchos años.

Bastien viajó a Alemania hace casi tres años. Tiempo después supe que estaba huyendo no solo de su familia y amigos, sino que también estaba huyendo de sí mismo. Él era un gran peleador en Chicago, pero cometió un grave error, y matar a una persona es un trauma que las almas buenas no logran superar con facilidad.

Cuando asesinó a puño limpio a ese tal Facundo permaneció encerrado unas semanas en la cárcel hasta que su padre movió el mundo entero para sacarlo de ahí, y cuando lo hizo, Bastien tomó muchos miles de dólares que su padre ocultaba en una caja fuerte de su ático y escapó con ellos. Sus padres ocultaron la verdad mintiendo que su hijo estaba en un centro de rehabilitación, pero en realidad no fue así: Bastien se había ido a Alemania a derrochar casi la mitad del dinero que robó de su padre; lo hizo en drogas, burdeles y bares… Muchas veces terminaba durmiendo en callejones oscuros de lo borracho y drogado que terminaba en las noches. Como mencioné antes, él no amaba esas cosas, pero era la única forma de escapar de sus demonios internos.

En aquellos días tuve uno de mis prodigiosos sueños, donde me vi en Berlín junto a un cadáver muy golpeado, el cual yacía en mis brazos. Por esa razón supe que tenía que viajar a esa ciudad.

Estando allí, visitaba todos los cementerios cercanos, creyendo que allí hallaría la respuesta de mi sueño, pero no lo logré. Llegué a dudar sobre tal profecía y consideré retornar a la India decepcionado. *«Quizás mi don está fallando conforme me hago viejo»*, pensé, pero fue en mi última noche en Berlín cuando encontré ese cadáver.

Yo caminaba desde el cementerio hasta el hotel donde me hospedaba y en el camino crucé por el exterior de un bar muy grande donde observé una aglomeración de personas que estaban mirando una pelea de dos sujetos ebrios. Cuando me acerqué allí, supe que mi viaje a Alemania había llegado a su fin porque uno de esos pobres, violentos y errantes hombres era el joven que había visto años atrás en mis sueños, aquel encadenado a la jaula de pelea.

Bastien estaba tan ebrio aquella noche que su adversario lo humilló y lo dejó tendido y casi desmayado en la calle. Los guardias del bar estaban llamando a la policía para que se lo llevaran, mientras el otro sujeto se había esfumado sin que yo pudiera darme cuenta.

—¡No lo hagan! No llamen a la policía, yo mismo lo llevaré a casa —exclamé a los guardias,

al mismo tiempo que las personas que observaban la pelea se iban dispersando, ya que el *show* había terminado.

—¿Y usted quién es? —me preguntaron aquellos grandulones muy enojados.

—Soy su padre —respondí rápidamente—. Me disculpo por las molestias que mi hijo ocasionó esta noche, dejen que me lo lleve, se los ruego.

Ellos observaron con cierto asco el cuerpo de Bastien que yacía tendido en el suelo.

—Me da pena por usted… tener que lidiar con este perdedor —me dijo uno de ellos—. Lléveselo rápido antes de que llegue la policía que acabamos de llamar. Usted parece un buen hombre, lástima tener a un hijo como él.

Con ayuda de ese gentil guardia logré subir a Bastien a un taxi y lo llevé al hotel para cuidarlo y curar las heridas de su rostro.

Al día siguiente, el muchacho despertó muy adolorido. Me tomó un largo momento explicarle lo que había ocurrido la noche anterior y cómo lo había rescatado. Sin embargo, apenas le conté la historia, Bastien se levantó e insistió en irse de allí.

—Le agradezco mucho, señor, pero debo irme de aquí —continuó a pesar de mi insistencia en que se debía recuperar por más tiempo.

—Pero, muchacho, no estás nada bien.

—Insisto, sé cuidarme solo —aseguró con frialdad en su mirada.

—¿Y qué harás? ¿Seguir encadenado a las jaulas de pelea?

Bastien se detuvo en abrir la puerta cuando escuchó esas palabras.

—¿Quién es usted y cómo rayos sabe sobre eso?

—Tú me pediste ayuda hace muchos años… Hijo, yo sé que algo del pasado te esclaviza y estoy seguro de que tiene que ver con pelear.

—Yo peleo, eso es lo que hago y usted no tiene derecho a entrometerse en mis asuntos. Además, nunca he pedido ayuda a nadie, debió haberlo soñado —dijo con cierto sarcasmo sin saber que había sido justo así.

—Sí, en realidad te soñé herido hace muchos años y hace poco te soñé como un cadáver muerto en vida. Reconozco en la mirada de las personas cuando alguien está sufriendo y quiere ser feliz… Yo te puedo ayudar a liberarte de la sombra de la que huyes.

—Usted está loco, no huyo de nadie.

—¿Ah no? ¿Y por qué te embriagas cada noche hasta perder la conciencia? ¿Por qué necesitas llevar drogas en tus pantalones? —interrogué mientras abría mi puño enseñándole una funda de marihuana y sustancias psicodélicas que había encontrado en su bolsillo mientras lo ayudaba la noche anterior—. ¿De qué huyes, muchacho? ¿Huyes de las peleas luchando con extraños y dejando que te humillen?

—¡Ya basta! —gritó con todas sus fuerzas mientras que sus ojos se humedecían con lágrimas.

—¿De quién huyes? —pregunté con más fuerzas que él.

—¡De mí mismo! —respondió rápidamente con su voz quebrada de dolor—. De mí mismo y de mis errores.

—Déjame ayudarte, hijo.

—¿Cómo?

—Ven a la India, puedo retrasar mi retorno un par de días para que prepares tus cosas, ya no haces nada en este lugar.

La respuesta impactó a Bastien, obviamente no esperaba tal respuesta sobre un viaje a un país tan lejano y extraño para él.

Después de una charla muy larga (que, si la narrara toda, esta historia se tornaría tan extensa como una enciclopedia), finalmente hice entender a ese pobre muchacho que necesitaba un cambio para empezar a ser feliz, necesitaba salir de su zona de confort y empezar a encontrarse a sí mismo. Al final de ese día, él accedió con muchas dudas y temores.

—¡En tres días iremos a la India! —concluí.

CAPÍTULO XVII
La aventura de Bastien.
India

Llegamos al Estado de Bihar que se ubica al norte de la India y que limita con Nepal. Es un lugar maravilloso y es ahí donde yo pasaba la mayor parte del año, debido a que era un nómada.

—A ver si entendí, anciano: ¿usted es un místico que hace años me vio muriendo en un sueño y desde ahí me ha estado buscando? Debo admitir que me siento incómodo y también debo decirle que yo sé volar y lanzar fuego por la boca —rio con mucho sarcasmo, burlándose de toda la historia que le había contado durante el vuelo en avión antes de llegar a la India.

—Es una pena que creas que te tomo el pelo, pero te estoy diciendo la verdad, Bastien. En el mundo existe gente clarividente que se comunica con energías del más allá; existen médiums, que son personas que pueden ver y hablar con espíritus. También hay telépatas, hipnotistas, videntes y psíquicos. En mi caso, de manera extraña suelo tener visiones o sueños del futuro y del pasado. En realidad, este tipo de habilidades pueden ser desarrolladas por cualquier persona, pero requieren de mucho entrenamiento, mientras que otros nacemos con ellas sin haberlo deseado. Pero todo esto es real y no es un cuento de hadas ni de superhéroes, investiga todo lo que quieras y sabrás que no te miento.

—Puede ser que sí, Cristóbal, pero aún no me lo creo.

—Bueno —respondí con una sonrisa burlona—. De todas formas, estás aquí en la India sin siquiera creerlo, ¿verdad?

Tomamos un transporte y nos dirigimos a mi hogar temporal: una pequeña cabaña cerca de las montañas de la ciudad de Bodhgaya. A Bastien no le gustó para nada la idea de dormir en un lugar tan pobre y alejado de la ciudad. En esos tiempos el muchacho era la persona más materialista que había conocido, todo eso fue antes de su cambio de vida, el cual tuvo lugar desde aquel día.

En esas tierras me di cuenta de lo vacía que había sido la vida del pobre Bastien, siempre con todos los lujos, placeres, dinero, violencia y tantas cosas que, por supuesto, no lo podían hacer feliz de verdad.

Descubrí que guardaba tanto dolor por la muerte de Facundo, que con solo recordarlo perdía la cabeza y comenzaba a golpear los árboles cercanos a la cabaña.

—No sé por qué debo estar aquí, Cristóbal. No hay diversión, personas, chicas, ni nada interesante… Al menos en Alemania lo tenía todo.

—Hace muchos años —le respondí—, cerca de estas tierras vivía un príncipe, que al igual que tú, lo tenía todo, era rico y poderoso, lo que quería lo obtenía… Pero él no era feliz porque en su interior había mucho sufrimiento y deseos de más y más cosas. Por eso un día decidió abandonarlo todo para encontrar la felicidad e iluminarse en la paz verdadera.

—¿Y qué ocurrió con ese príncipe?

—Sígueme —respondí.

Llevé a Bastien a una larga caminata descendiendo las montañas y entrando en la parte principal de Bodhgaya. A lo lejos observamos una estatua gigante de unos 25 metros de altura y poco a poco nos acercamos más cuando finalmente le dije:

—Ese es el príncipe. Su nombre era Siddharta Gautama, más conocido como Buda, el iluminado.

—En la escuela me enseñaron sobre él, pero yo no sabía que era un príncipe muy rico.

—Su historia me recuerda a ti, amigo mío. Eres un joven adinerado y lo tienes todo, pero en el fondo sé que buscas algo más allá de esas cosas.

A partir de aquella conversación, Bastien fue dócil en adquirir los conocimientos que yo le enseñaba; aprendió a sentarse por horas permaneciendo en silencio sin inquietarse ni desesperarse por un tabaco o licor como lo hacía a escondidas de mí cuando yo salía de la cabaña. En otras palabras, él había aprendido a meditar. Bastien aprendió muchas técnicas de esta práctica, tanto en los templos hinduistas como en los pocos budistas a los que asistía para aprender de ambas culturas y su gente.

—¿Por qué meditar? —me preguntó en una ocasión.

—Meditación es silencio, amigo mío. Cuando la mente está en silencio uno es capaz de permanecer en el aquí y ahora. Imagina vivir sesenta años sin haber percibido ningún instante de tu vida con todo tu corazón y mente. Pero cuando practicas la meditación, aprendes a ver con tus ojos cada segundo, cada minuto y cada día de tu vida con total atención. Con la meditación habrás aprendido a valorar el regalo más hermoso de la vida: el estar vivo.

Y así fue. Poco a poco Bastien conoció el silencio no solo exterior, sino interior. Día tras día aprendía a silenciar sus horribles pensamientos y deseos más oscuros.

Hasta que un día…

—Cristóbal, realmente es muy loco todo lo que he vivido aquí. Toda mi vida solo cultivé mi cuerpo, es decir, mi meta siempre era hacerlo más y más fuerte, descuidando mi salud mental y espiritual. El problema es que aquí cuido mi interior, pero descuido mis entrenamientos y rutinas. Quizás lo odies, pero yo amo pelear, es la pasión de mi vida y la necesito recuperar nuevamente —después de una leve pausa continuó—. Solo que tengo miedo de volver a ser violento y que las peleas me conviertan en el Bastien que incluso es capaz de matar sin piedad.

—Escucha, muchacho, existe una gran diferencia entre ser violento y ser agresivo. Cuando tú peleas por honor necesitas ser agresivo, aunque respetas la vida de tu oponente; pero cuando eres violento solo deseas acabarlo y alimentar tu ego con la victoria.

—Pero es así como me enseñaron que debe ser: humillar a mi oponente y someterlo ante mi fuerza.

¿Cómo puedo aprender lo contrario?

—¡Yo conozco dónde! Estos meses he visto un cambio en ti, he visto a un mejor muchacho que se está conociendo a sí mismo. Es momento de movernos de aquí. Nuestra próxima parada será en Dengfeng, en el templo Fa Wang de China.

—¡¿China?! —exclamó con la boca abierta.

—Ahí viven los monjes Shaolin, ellos te podrán enseñar el legítimo entrenamiento de las artes marciales. Esos hombres te convertirán en un verdadero peleador.

CAPÍTULO XVIII
La aventura de Bastien.
China

Unas semanas después, nos embarcamos hacia China con dirección al monasterio de los Shaolin. Nos recibieron unos monjes que tenían la cabeza rapada y usaban turbantes color naranja. Yo hablé con el monje encargado de los visitantes extranjeros y le conté que Bastien venía a aprender su estilo de pelea por medio año.

Lógicamente había que hacer una contribución económica, la cual yo cubrí con unos ahorros que tenía. Jamás le conté ese detalle al muchacho, era algo que quería hacer por él porque en ese lugar es donde se forjó como un mejor peleador.

Su día iniciaba a las 4:30 de la mañana, corría junto a los monjes por casi dos horas y a lo largo del día tenía varios tipos de entrenamientos físicos como elasticidad extrema; movimientos de *kung-fu*; mantenerse en posición de plancha o sentadilla de jinete por mucho tiempo; golpear sacos de tierra con los brazos y manos durante varias horas hasta que salían callos y sangre de sus nudillos.

Algo que no le agradó al principio fue que lo obligaron a rapar su cabeza y mantenerla así mientras viviera en el templo. Había momentos en los que Bastien desfallecía de dolor y frustración, pero algo en esos entrenamientos le hacía sentir diferente. En el templo, él hallaba un silencio y naturalidad muy poderosos, meditaba por las noches y a veces salía al pueblo o a las montañas con los pequeños niños monjes que habitaban allí.

Una vez Bastien se rebeló contra un maestro del monasterio diciendo que no aprendía a pelear de verdad, se quejó de que en ese lugar no había combates verdaderos como en las jaulas. Decir eso fue muy caprichoso de su parte. El maestro volteó su mirada hacia mí y yo asentí con la cabeza, dándole mi aprobación para que hiciera lo que tuviera que hacer.

Así que el monje retó a Bastien a una pelea a puño limpio.

—Tú usa tu método, jovencito, y yo el mío —le dijo mirándolo con severidad.

Ambos se prepararon para la pelea, la cual prefiero omitir detalles, pues, aunque el muchacho utilizó todas sus fuerzas y técnicas aprendidas en Chicago, subestimó lo aprendido por los monjes. Apenas bastó un minuto para que el maestro esquivara sus ataques con mucha facilidad y humillara a Bastien con tan solo dos golpes tajantes que lo dejaron tendido en el suelo sin poder levantarse.

—La fuerza yace en el corazón, la victoria yace en la disciplina, Bastien —expuso el monje con su acento asiático nativo.

—Espero que hayas aprendido la lección —le advertí aquella noche.

—No entiendo qué pasó —me respondió muy triste—. En mi ciudad hacía exactamente lo mismo y vencía a cualquier rival, aquí mis técnicas no sirven contra estos monjes.

—No es lo que ellos hacen, sino quiénes son; no es lo que tú haces, sino lo que tú eres. Hoy fuiste un orgulloso prepotente y espero que hayas aprendido de esto —concluí.

Después de aquella pequeña anécdota, Bastien aprendió algo que nadie le había enseñado en toda su vida: humildad.

Pasaron los meses y observaba una gran evolución en el muchacho. Cada vez entrenaba como todo un monje Shaolin; aprendía sus acrobacias y movimientos, sus golpes y resistencia física extrema. Nunca más fue altanero con sus maestros, sino todo lo contrario: el más puntual y

humilde de los estudiantes.

Cuatro meses después, aquel maestro que lo derrotó humillantemente lo invitó a una pelea aplicando el arte marcial que le habían enseñado a Bastien. Esta vez la pelea se extendió por mucho más tiempo, ambos se defendían y detenían los movimientos del otro con mucha habilidad. Era obvio que Bastien no estaba listo para vencer a su maestro de *kung-fu*, pero se ganó su respeto al pelear con valor y disciplina. Todos lo aplaudieron al final del combate, incluyendo el maestro, quien lo saludó con la tradicional reverencia de los Shaolin.

Una noche, estando en China, tuve un sueño muy impactante para mí en el cual observé cómo todo estaba conectado a una sola fuerza, y lo digo porque poco antes de conocer a Bastien yo estuve en Chicago, la tierra de donde ambos proveníamos. Estuve allí por una causa dolorosa: la muerte del hermano de un gran amigo mío. Al inicio de esta historia mencioné que en mi juventud había entablado amistad con un novicio aspirante a sacerdote; pues bien, su nombre es Joseba y fui yo quien le anunció que su hermano y cuñada morirían en un accidente días antes de que el evento ocurriera. Lo sabía porque lo había soñado semanas atrás.

—¿Estás seguro de lo que dices, amigo mío? —me preguntó Joseba en cuanto le anuncié la noticia de lo que iba a acontecer con su hermano.

—Sabes que mis sueños nunca han fallado, Joseba.

—¿Qué voy a hacer con mi pobre sobrina? —se echó a llorar desconsolado—. Es muy joven para soportar todo esto.

Joseba dijo estas palabras mientras agarraba un retrato de fotos de su hermano, cuñada y sobrina. Yo tomé por un minuto aquella fotografía observando fijamente el rostro de la pequeña adolescente que se llamaba Debby. Jamás saqué de mi cabeza su dulce y bonito rostro, lo guardé en mi corazón con mucha tristeza al imaginar el sufrimiento que le aguardaba tras perder a sus padres, pues yo lo había vivido toda mi vida.

Menciono todo esto porque el sueño que tuve aquella noche en China fue sobre esta muchacha. La vi en una pista de patinaje de hielo acompañada nada más y nada menos que de Bastien. La diferencia es que él ya no estaba rapado, sino que tenía una larga coleta de caballo, y por ese detalle supe que se trataba del futuro. Ambos se daban un beso lleno de amor y me hizo feliz verlos juntos. Sin embargo, mi sueño se tornó sombrío y lleno de dolor porque de repente observé a Debby llorar en un campo que me era muy familiar: se trataba de una montaña a unas horas de Chicago que la pude reconocer porque allí era donde yo iba con mis padres durante mi niñez.

Cuando desperté de ese sueño entendí que yo tenía un papel muy importante en el destino de ambos jóvenes enamorados. Comprendí que ayudar a Bastien no era casualidad, sino una conexión con el futuro de Debby, la sobrina de mi gran amigo Joseba. Si yo tenía una misión con Bastien, él tenía una aún mayor con Debby.

Jamás le mencioné este sueño a Bastien porque él estaba muy enfocado en sus entrenamientos y meditaciones diarias en el templo Fa Wang. No quería que se pusiera ansioso, pues si algo he aprendido es que cada hombre manifiesta su propio destino. No era necesario decirle a Bastien lo que iba a suceder con él en los días futuros, sino que era él mismo quien lo iba a hacer realidad tarde o temprano.

Yo me sentía muy orgulloso del muchacho, desde que lo conocí había cambiado demasiado, pues ahora era un mejor Bastien, un verdadero peleador que poco a poco superaba sus fantasmas del pasado.

A pocas semanas de finalizar el entrenamiento de casi medio año con los monjes Shaolin tuve una charla con él acerca de su futuro.

—Hijo, ¿no has pensado en volver a tu ciudad? ¿No crees que ya es momento de que tus padres sepan de ti?

—Créeme, Cristóbal, pienso en ellos cada mañana al despertar y he pensado mucho sobre esa posibilidad, a tal punto que he decidido volver a mi país; pero antes tengo un último viaje por realizar.

—¿De qué se trata?

—Mira esto, Cristóbal —sacó un crucifijo de su maleta, pues nos encontrábamos en su pequeña habitación del templo Shaolin—. Mi madre me regaló esta cruz cuando era pequeño y siempre significó mucho para mí, pero jamás comprendí su verdadero significado.

—Tú sabes quién es ese Hombre —repliqué—. Todos lo saben.

—¡Pero no lo conozco! Sabía quién era Buda, pero nunca supe cómo aplicar sus enseñanzas sobre la meditación y el desapego hasta que viajé a la India y la China. Y aunque sé un poco sobre esta cruz, jamás he sabido cómo vivir lo que Él enseñó en ella, pues no conozco realmente su doctrina.

—¿Qué propones entonces?

—Francia —respondió inmediatamente—. Quiero ir al monasterio Benedictino de Le Barroux en Francia.

—¿Estás loco, Bastien? ¿Por qué Francia?

—Mi padre es de ese país. Quiero conocer mis orígenes y me da una gran corazonada ese lugar. Es el final de mi aventura antes de volver a casa.

—No me convence la idea —le respondí muy escéptico.

—Entiendo, mi amigo. Estás cansado de acompañarme a todos lados —respondió Bastien inmediatamente, muy seguro de lo que decía—. No te obligo a que vengas conmigo ni que cubras los gastos nuevamente. Todavía tengo el dinero que saqué a escondidas de mi papá. Cuando vuelva a casa le devolveré todo lo gastado, pero antes debo hacer un último uso de esos billetes.

CAPÍTULO XIX
La aventura de Bastien. Francia, el regreso a casa

Para ser sincero no me agradó mucho la idea de que Bastien vaya a un monasterio de monjes católicos. No tengo nada contra ellos. De hecho, mi gran amigo es un sacerdote y lo respeto mucho, de la misma manera que a esa religión. Pero temía que venga a Bastien algo que vino a mí cuando era joven: la culpa.

Muchos cristianos cometen el error de instaurar culpa en las personas y hacerlas sentir terribles seres humanos o hacen que tengan miedo de un lugar llamado infierno. Es por eso que yo me alejé de Occidente y busqué mi camino en la cultura hindú y budista, porque cuando mis padres murieron, ciertos "cristianos" en Chicago me decían que eso era un castigo por no ser un buen muchacho en la escuela (ya que yo era un poco revoltoso). Si eso me dijeron a mí, temía que hicieran sentir culpable a Bastien por lo que hizo con Facundo hace ya buen tiempo. Si eso ocurría, todo por lo que Bastien había luchado se arruinaría totalmente.

—Iré contigo, muchacho.

—Cristóbal, no es necesario, tú has sido un padre para mí todo este largo tiempo, me has acompañado día y noche en Alemania, India y China. Has dado todo por mí y tu misión conmigo ha acabado.

—Bastien —interrumpí.

—No, Cristóbal, escúchame —prosiguió—, me has salvado la vida, ya que, si no fuera por ti, seguramente estaría como un vagabundo alcohólico o preso en Alemania. Tú me salvaste.

Inmediatamente me dio un gran abrazo que me hizo llorar.

—Te quiero como si fueras de verdad mi hijo, déjame ir contigo a tu última aventura, te lo ruego.

Y así, Bastien y yo emprendimos nuestro viaje a Francia. Los Shaolin nos dieron una emotiva despedida. Jamás olvidaré a esas personas que hicieron del chico un hombre diferente.

En Francia nos recibió un monje con un hábito o traje color negro, muy silencioso pero amable (aquellos monjes viven en silencio, hablan lo necesario y nada más).

—Yo seré su anfitrión, hijos míos —dijo el viejo monje sacerdote llamado Édouard al cargar nuestro equipaje y llevarnos a nuestras distintas habitaciones que eran muy modestas pero simpáticas.

La vida de esos hombres era muy diferente a la de los monjes de China. Estos no tenían ningún entrenamiento marcial, pero tenían unas voces espectaculares para el canto gregoriano. Oraban siete veces al día y su energía la dedicaban al trabajo doméstico: unos cocinaban, otros aseaban el enorme monasterio, otros cuidaban los grandes campos de tierra, y así, cada uno tenía su distinta labor durante el día, que comenzaba a las 3:30 de la mañana con una increíble oración cantada en el templo principal.

Bastien estaba fascinado con la solemnidad y disciplina de aquellos hombres muertos para el mundo.

Su estancia en aquel lugar fue de apenas dos semanas, las cuales marcaron su entrenamiento final antes de sanar totalmente. El monje Édouard era un anciano muy sabio. Su trabajo consistía en recibir a los huéspedes y guiarlos en cualquiera de sus necesidades espirituales. El resto de monjes no podía tener casi ningún tipo de contacto con los visitantes, aunque eso no impedía que nos vean con respeto y una gran sonrisa cada vez que nos cruzábamos con ellos en la puerta del

templo.

El tiempo en ese misterioso lugar pasaba muy lento porque no existía para nosotros ninguna clase de tecnología ni actividad específica por hacer, es decir, cada visitante era libre de hacer lo que quisiera excepto para la hora de las tres comidas diarias, que también se las realizaba en silencio.

A lo lejos miraba a Bastien completamente solo en el jardín del claustro, muchas veces de rodillas, tratando de encontrar algo o a alguien. Yo siempre prefería respetar su espacio y vivencia, pero veía un fuego en él cuando a las cuatro de la mañana ya lo observaba caminando por largo tiempo en los corredores del monasterio sin decir una sola palabra; algunas veces tenía lágrimas en su rostro, otras veces una sonrisa pacífica. Al octavo día lo vi charlando con el monje Édouard toda la mañana. El anciano le hablaba casi al oído y Bastien hacía lo mismo mientras lloraba desconsoladamente.

—Justo lo que temía —dije en voz muy baja—. Le está haciendo recordar su pasado junto con toda la culpa de sus pecados.

Finalmente, Édouard se puso de pie y puso la palma de su mano derecha sobre la cabeza de Bastien mientras el chico se colocaba de rodillas y bajaba la mirada al tiempo que el monje veía hacia el cielo con una leve sonrisa muy particular y movía los labios como recitando unas oraciones en latín. Después, el monje realizó la señal de la cruz sobre Bastien. El muchacho lentamente se acercó, abrazó al viejo religioso y besó su mano consagrada, bañándola con sus lágrimas y enjugándola con su camisa. Me recordó a aquella historia del Evangelio, sobre la mujer pecadora que hizo lo mismo con Jesús. *"Ella amó mucho al Señor, por lo tanto, el Señor le perdonó sus muchos pecados"*. Repetía mi amigo Joseba cada vez que me narraba ese pasaje de la Biblia, intentando convertirme al explicar el misterio de su fe y la remisión de los pecados… No lo logró.

El gesto de Bastien, empero, fue algo que impactó mi entendimiento, pues ni siquiera su sumisión a los monjes Shaolin igualaba tal humildad, era un gesto que jamás había visto en un hombre, era incluso humillante ante mis ojos.

—¿Qué tal tu charla con Édouard? —le pregunté aquella noche después de cenar—. Los vi charlando en el jardín.

—Muy profunda, Cristóbal —dijo—. Realicé la Confesión.

—Sé de qué se trata —respondí con cierto temor—.

La expiación de culpas.

—Sí, aquellas que no he dejado de cargar.

—¿No has dejado? Pero yo estaba seguro de que ya no las cargabas.

—Siempre las cargo, Cristóbal. Cada mañana en el espejo veo el rostro de Facundo que me pide piedad, luego el de mi madre y padre —continuó—. También a mi amigo Lucas de rodillas frente a mí mientras me veo golpeándolo con rencor… Y muchas veces a mi prima Lisa maldiciéndome por haber perdido su pierna en el accidente de auto que causé. ¡Tú no sabes lo que he cargado! —exclamó en voz alta.

—No te pongas así conmigo, Bastien, yo creí que estos meses en la India y China te habían sanado.

—Lo siento, solo me alteré un poco… Estos meses me ayudaron a conocer otras culturas, otras filosofías y un método de pelea muy valioso. Pero no me ayudaron a perdonar el pasado ni a sanar de verdad. No me tomes a mal, pero la meditación es limitada. El budismo e hinduismo son finitos, no infinitos.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando medito como Buda o canto los mantras hindúes que me enseñaste, solo consigo calmar mi mente durante ese instante; pero cuando me levanto y salgo de la habitación, todo el dolor vuelve con más fuerza y me obliga a meditar una y otra vez para huir de mi mente, cuerpo y espíritu. Estas filosofías o religiones no me han enseñado a amar de verdad, sino a escapar de la realidad; de hecho, muchas veces me he sentido esclavizado a ellas y a sus métodos, incluso una noche meditando en la India escuché gritos escalofriantes y observé en mi mente figuras de criaturas horribles burlándose de mi angustia.

No sabía qué decir, jamás había escuchado que alguien que ha experimentado la meditación trascendental diga eso. De alguna manera me sentía ofendido porque toda mi vida giraba en torno a la cultura oriental.

—Bastien, solo la *New Age* te puede salvar. ¿De verdad crees que Édouard te ayudó a sanar ese pasado o solo te hizo recordar tus culpas? —pregunté con sarcasmo.

Bastien se puso de pie con calma al escuchar mi comentario.

—Escucha —respondió—, la fe de estas personas no consiste en cargar la culpa ni el dolor de sus pecados, sino en tener la humildad de saber que tienen la libertad para hacer el mal y lastimar a otros, o hacer el bien y alcanzar la felicidad. Su aventura no se trata de auto sanarse a sí mismos sino en dejar que Dios los sane y los haga experimentar el perdón de las miserias del hombre, porque desde que estaban en el vientre de sus madres, ese Padre Infinito ya los amaba y los amará hasta el final de sus días. Pues similar a lo que tú mismo dijiste, a Cristo le importa lo que somos. Ellos tienen reglas de vida y ciertas limitaciones en su actuar o pensar porque la maldad y el error esclavizan a todo hombre, y un hombre encadenado no puede ser feliz porque no es un hombre libre. Y aunque muchas veces pueden caer en la maldad, su regla es no sentir tristeza, sino esperanza. Édouard me dijo que la vergüenza y la culpa sin perdonar son los enemigos de toda persona, enemigos que ningún ser humano debe permitir que lo hagan miserable. Yo por meses me he negado a admitir que lo que cometí se llama pecado, y solamente cuando lo llamé por su nombre y reconocí mi fragilidad fue cuando tuve la humildad de pedir perdón por mis actos y confesarlos… Con el perdón del Dios clavado en la cruz finalmente podré ser libre, pero mi camino apenas comienza y a partir de hoy dependerá de mí hacer lo correcto o lo incorrecto.

—¿Todo eso lo aprendiste de Édouard? —No podía creer que un benedictino tuviera esa sabiduría, para nada era lo que me enseñaron en la escuela cristiana donde estudié de pequeño; ahí todo era diferente y desastroso.

—Él me enseñó la verdad, Cristóbal.

Bastien tenía una sonrisa que nunca había visto en su rostro durante todos esos meses y también emanaba una paz muy peculiar. Había conocido muchos maestros orientales importantes y sabios, los cuales afirmaban haber alcanzado la iluminación, pero la mirada de Bastien en ese momento era superior a la de mis maestros… Recuerdo que Joseba afirmaba que un hombre que confiesa sus pecados y recibe el perdón de ellos, entra en lo que los teólogos llaman “Estado de Gracia”, pero yo no comprendía ese misterio.

—No es la Nueva Era ni la doctrina de Buda y los yoguis lo que salva. Todo eso se presenta como el remedio para el sufrimiento de los hombres, pero es un error que seduce y encadena para siempre, pues promete la utopía de un mundo sin sufrimiento a través de la negación de la realidad humana. Ahora puedo comprender las enseñanzas de mi madre, ella siempre vive con una gran alegría en su alma. Cuando le pregunto por qué es feliz a pesar de todos mis crímenes y lo frío que mi padre es con ella, Ana suele responder: “hijo amado… con la fe le puedes dar sentido al dolor”.

Muchas veces uno cree que es el maestro o mentor de alguien, sobre todo cuando esa persona es más joven. Pero en aquel viaje a Francia, Bastien fue mi maestro, es decir, toda la vida cargué con un gran resentimiento contra aquellos profesores que me culparon por la muerte de mis padres, sin darme cuenta de que en realidad sentía vergüenza por no tener padres y por eso odiaba y despreciaba inconscientemente todo lo que tenía que ver con la gran religión de Occidente, ya que ellos no conocían la espiritualidad de los grandes budistas y yoguis del Asia. Pero Bastien me hizo entender la verdadera esencia de los católicos y su camino para poder sanar.

Yo continué con mi propio camino, hábitos y métodos. Aunque debo admitir que de vez en cuando miro al cielo y recuerdo a los hombres de aquel monasterio en Francia. Quién sabe y vuelva a ese lugar algún día, aún tengo muchas dudas sobre esa religión y mi corazón no ha dejado de sacudirme desde aquel viaje… Sí, tengo mucho de qué charlar con el monje Édouard.

Bastien, por otro lado, encontró su camino en el Hombre de la Cruz. Él descubrió la verdad y la ortodoxia de la doctrina de Cristo, pero principalmente entendió el verdadero significado de la fe que su madre le había enseñado desde niño. Ahora ese era su camino.

Bastien Fontaine permaneció en el silencio de aquel lugar apartado de Francia por unos días más. Fueron dieciséis meses aproximadamente los que le tomó para encontrar su esencia, antes de volver finalmente a casa.

CAPÍTULO XX
Grandes Esperanzas

Cuando Cristóbal terminó de contar esa historia, comencé a llorar mucho más de lo que ya lo había hecho a lo largo de la narración de todo lo que sucedió con Bastien en esos países. Simplemente era increíble cada detalle, acontecimientos y personas que conoció. ¿Por qué nunca me lo había dicho? No era algo que debía avergonzarlo, sino todo lo contrario. Siempre sentía que estaba junto a un chico muy especial, pero esto lo hacía mucho más importante para mí. Me refiero a que este mundo está lleno de hombres y mujeres tan comunes, simples y vacíos que su vida es ir a la escuela, la universidad, embriagarse en cada fiesta para pasar el rato y listo. No buscan ser mejores personas, no buscan ser un poco más inteligentes leyendo algún libro, no buscan trascender más allá de lo visible, sino que aman ver y creer todo lo que ven en las redes sociales o la televisión; creo que por eso las personas cada vez somos más infelices, porque ya no buscamos explorar lo que Bastien buscó: espiritualidad y verdad.

Sinceramente creía que eso ya no podía existir en un hombre que tenía casi mi edad, pero sin tener conocimiento, ese hombre sí existía y era mi amado.

—¡Debby! —escuché a lo lejos la voz de mi tío que seguramente estaba muy preocupado. Salí rápidamente de la cueva y lo llamé. Cuando me encontró recibí un regaño por desaparecer.

—Me diste un buen susto, Debby. ¿Qué sucede contigo? ¿Por qué te fuiste del campamento?

—Lo siento, tío, fue mi error. No sé en qué estaba pensando, de verdad, perdóname —le dije con la culpa en mi corazón.

Mi tío me trae a la montaña y yo le agradezco escapando y hablando con un extraño en una cueva. Aunque Joseba no me lo dice, es obvio que no soy la mejor sobrina del mundo.

Cuando mi tío vio salir a Cristóbal de la cueva, lo observó por un momento.

—¿Cristóbal? —dijo.

Cristóbal lo miró de igual manera.

—¿Cómo estás, viejo amigo? Fue mi culpa que Debby no regresara al campamento, no seas duro con ella —replicó—. Te lo ruego.

Después de una leve charla entre ellos dos, ya era hora de volver con mi tío, así que me acerqué a Cristóbal y le agradecí por contármelo todo.

—No me lo agradezcas, Debby —prosiguió—. Solo recuerda que, si tienes miedo de que Bastien no despierte, él no despertará. Pero si tienes fe hasta el final, quién sabe el regalo que te lleves.

No hubo tiempo para charlas cuando llegamos al campamento, estábamos muy agotados, cada uno entró en su tienda y nos quedamos dormidos al instante.

Al día siguiente fuimos en la camioneta hasta un bosque cercano, era un paisaje hermoso que me transmitía mucha paz. Nos tomamos fotos, comimos y vimos un fantástico atardecer.

—¿Cómo conociste a Cristóbal? —pregunté a Joseba.

—Es una larga historia, pero no me vas a creer si te digo que hace unos años él me habló sobre ti.

—Quizás sí lo crea —respondí con una peculiar risa, pues ya sabía del don secreto de su viejo amigo.

—Sí… Me visitó una noche de verano y me dijo que en algún momento yo asumiría el papel no solo de sacerdote, sino también de padre tuyo. Yo creí que estaba loco cuando me dijo que Charles, Mónica y tú sufrirían el terrible accidente.

—¿Y cómo lo tomaste? —le consulté.

—La verdad sentí que mi corazón se detenía. Pero cuando finalmente recibí la noticia del accidente, ya no resultó una sorpresa para mí. Cristóbal nunca miente y yo supe que lo que me dijo me preparó para el doloroso momento.

Mientras el sol se ponía, mi tío me miró a los ojos.

—Creo que es momento para que te entregue esto —sacó de su bolsillo un papel y me lo puso en la mano—. Un día, cuando estabas en la escuela, Bastien visitó la casa y me lo entregó. Dijo que no te lo dé todavía, que yo mismo sabría el momento de hacerlo, y estoy seguro de que él quiere que sea ahora.

Sin saber qué decir, abrí lentamente el papel y vi que era una especie de carta. La leí palabra por palabra, detalle por detalle, mensaje por mensaje, y cuando terminé, creí que mi corazón quería salirse del pecho. Fui lentamente hacia los brazos de mi tío con un profundo llanto y por alguna razón tuve una sensación de alegría. Sabía lo que debía hacer, sabía lo que Bastien necesitaba que haga.

Esa noche encendimos una fogata, sacamos la guitarra del coche y empezamos a cantar nuestras canciones favoritas. Joseba cantó *Take Me Home, Country Roads* del cantautor John Denver; mi tío tenía una voz hermosa. Yo me animé por cantar *I see fire* de Ed Sheeran, y después vino a mi mente una canción que prácticamente la había olvidado, pero llegó a ese preciso instante como un himno del momento: *High Hopes* de la banda Kodaline; hasta esa noche no me había fijado en la hermosa letra que esa canción contiene.

Me sentí muy feliz… ese momento con mi tío fue muy especial y sabía que era el inicio del final de este sufrimiento. La naturaleza, el viaje, la historia de Cristóbal, la fogata, las canciones y la carta de Bastien…

¿Acaso todo era parte de un plan?

CAPÍTULO XXI
Caer en el amor

Al día siguiente volvimos a Chicago y asistí a la misa de Joseba. La ceremonia estaba casi terminando cuando Lucas se acercó y me llevé una agradable sorpresa.

—Tenemos que hablar —susurró a mi oído. Después de la misa salimos al jardín del templo.

—¿De qué me quieres hablar? —le pregunté con mucho miedo. ¿Qué había pasado con Bastien?

—Esperemos a que el padre Joe y tu tío vengan —contestó.

No sabía qué estaba pasando. ¿Por qué Lucas quería que ellos estén ahí? Sabía que no podía ser bueno, las tres personas más cercanas a mí tenían que decirme algo… Solo podía ser una cosa.

Al instante llegaron los dos sacerdotes muy cautelosos.

—¿Qué ocurre? —les interrogué con mucha impaciencia.

—Debby —me respondió el padre Joe—, mientras estabas en el campamento con tu tío, la policía logró capturar a toda la banda involucrada en el intento de homicidio de Bastien, uno por uno fueron capturados.

—Eso quiere decir…

—Que estamos a salvo, en especial tú y Bastien… si despierta —interrumpió Lucas con una sonrisa.

Era una gran noticia, esos tipos por fin ya no nos podrían hacer daño. Aunque ya hicieron lo peor, había que recordar constantemente que Bastien no estaba muerto.

En la noche, antes de dormir pensé en él, rememoré los momentos más lindos que vivimos. Vi una medalla que colgaba en mi habitación y recordé el día cuando me la "gané"; fue un hermoso día domingo. Bastien pasó por mí y nos dirigimos a la pista de patinaje para entrenar. Él cayó dos veces al suelo y mientras me burlaba, sin querer resbalé; él enseguida se levantó a ayudarme y me besó dulcemente. Después de patinar me llevó a un evento de pelea de artes marciales mixtas, dijo que era muy importante que yo esté ahí. El ambiente era muy bonito, no era como esas peleas clandestinas, sino todo lo contrario, incluso fue transmitido por televisión local. Claro, en uno de esos canales que casi nadie ve, pero resultaba divertido.

Cuando llegó el turno de Bastien, vi que su adversario era un hombre gigante y muy fornido. Sinceramente, pensé que iba a destrozar a Bastien, pero antes de iniciar la pelea, él salió de la jaula y vino hacia mí.

—La verdad no creo que gane —dijo Bastien riendo mucho—. Pero si lo hago será por ti. Cada vez que ese tipo me derribe al suelo quiero que grites mucho y me des ánimo. Si lo consigo, te dedicaré para siempre esta pelea.

Nuevamente subió a la jaula y empezó el primer *round*. Bastien se movía muy rápido y golpeaba a ese grandulón en el estómago sin causarle daño. De repente ese sujeto de un solo golpe tumbó a Bastien y yo hice lo que me pidió: grité como si no existiera un mañana y lo animaba como su fanática número uno. Él se levantó rápidamente y me miró unos segundos antes de seguir peleando. Le pateaba en el muslo al sujeto, pero parecía que era de roca.

Así transcurrió la pelea, golpearon a Bastien fuertemente en la cara cinco veces y las cinco veces yo lo animaba, hasta que faltando un minuto para que termine el tercer asalto, Bastien hizo algo que nadie se lo esperaba: esquivó cada golpe de ese grandulón con mucha facilidad y aplicó un estilo de arte marcial que yo no había visto antes; ahora entiendo que era el estilo Shaolin que

aprendió en China.

Eso distrajo con mucha facilidad a su oponente quien estaba totalmente confundido por el cambio de estilo de pelea de Bastien, lo que le dio la oportunidad de derribarlo al suelo y aplicar una llave muy extraña llamada *triangle choke* o triángulo. Inesperadamente ese tipo se rindió y tocaron la campana que significaba el triunfo de Bastien. Enseguida salió de la jaula, tomó su medalla y la colocó sobre mi cuello.

—Gracias —me susurró al oído mientras me abrazaba ante los aplausos del público.

Luego de eso, fuimos a su casa y su madre nos esperaba con una deliciosa comida especial hecha por ella. Charlamos con Ana toda la tarde, me platicaba las divertidas historias y travesuras de su hijo. Luego, los tres horneamos una torta de chocolate que salió deliciosa. Cuando anocheció, Bastien me entregó unos patines hermosos, vendó mis ojos y me dirigió a su patio trasero. Me quitó las vendas y vi una pequeña pista de hielo en su propia casa.

—Es para ti —dijo mientras yo reía de emoción.

—Estás loco, ¿cómo conseguiste hacer tu pista de hielo en casa?

Me miró muy coqueto por un instante.

—Nuestra pista —corrigió—. Cuando le pedí a mi padre reemplazar la cancha de fútbol por una pista de hielo pensó que me estaba volviendo amanerado o algo por el estilo —reía mucho al contarme eso—. Pero le expliqué mis razones masculinas para hacer ese cambio y así lo pude convencer, aunque no me dio ni un centavo para la construcción.

—¿Cómo conseguiste el dinero?

—Fue de mis ahorros como mesero en un restaurante de comida mexicana donde trabajé hace un tiempo y de un préstamo que pagaré con los billetes que gané en la competencia de hoy. Esa era la razón por la que quería pelear y ganar.

Eso definitivamente fue lo más hermoso que alguien había hecho por mí. Ambos entramos juntos y cara a cara patinamos despacio y románticamente.

—Planeo trabajar mucho para poder comprar una pequeña casa y trasladar esta pista a ese lugar… Planeo entregarte todo mi ser y no tener miedo al amor para siempre. Contigo, Debby Scholes —dijo mientras me miraba profundamente a los ojos.

Nunca olvidaré aquel momento, fue el día en que caí en el amor.

Se preguntarán por qué digo de esa manera: en inglés, la expresión que se usa cuando una persona se enamora es *fall in love*, que quiere decir: caer en el amor. Cuando estaba en la escuela de Colorado hice una investigación sobre filósofos contemporáneos y encontré uno muy interesante llamado Alan Watts, quien en uno de sus mensajes habla sobre el amor, y esta expresión de “caída” es un mensaje tan poderoso que dice más o menos así:

“Es loco, porque no decimos crecer en el amor sino caer en él. Hay cierta idea de caída con la de amar, y eso es porque el amor es parte de la creación. Al momento en que amamos, nos adentramos en un viaje que requiere un acto de fe y de riesgo; cada paso que damos en la vida es un acto de fe y un acto de arriesgarse, en especial el amor es un acto donde te rindes completamente a otra persona. Amar es abandonarse y rendirse al amado, entregarse completamente, lo cual es muy loco porque es dejar que las cosas se salgan del control establecido. Pues caer en el amor es lo más arriesgado que alguien puede hacer, pero en la locura se encuentra la cordura, a tal punto que negarse al amor es negarse a la vida misma”.

Quizás no todos concuerden con el señor Watts, de hecho, yo detesto la mayoría de sus ideas, pero sus palabras sobre el amor siempre causaron un impacto en mí, o tal vez no llegué a

comprender su verdadero mensaje sobre la caída. Sin embargo, todavía se puede encontrar el texto completo con su propia voz, quizá ustedes logren descifrar los pensamientos de este filósofo británico y su peculiar concepto sobre caer en el amor.

CAPÍTULO XXII
Soñar a despertar

Dormí recordando ese hermoso e inolvidable día. A la mañana siguiente me levanté temprano, era lunes y debía ir al instituto. Lucas no pasó por mí como habíamos acordado el día anterior. Lo esperé diez minutos, pero no apareció, así que opté por caminar.

Lamentablemente, después de una cuadra caí al suelo. Mis pies me empezaron a doler fuertemente, pero para mi fortuna un feligrés amigo de mi tío pasaba cerca del lugar y me ayudó a regresar a casa.

Joseba sugirió que mantenga reposo todo el día, pero yo quería ir a la escuela, así que me llevó en la camioneta y pude asistir a clases. Antes de salir nuevamente puse en mi bolsillo la carta de Bastien que mi tío me entregó en el campamento, ¿la recuerdan? Pues algo me dijo que debía tenerla conmigo aquel día.

Cuando me encontraba en la escuela me sorprendió que Lucas no estaba por ningún lado, así que supuse que estaba enfermo. Sin embargo, mis amigos Marcus y Julia habían llevado unas tartas de manjar como bienvenida por mi regreso del campamento con Joseba, ya que les había comentado sobre aquel viaje un día antes de que sucediera. Fue un gesto muy lindo de su parte. Aunque no hablo mucho de ellos en esta historia, es un acto injusto que no lo haga en este momento, porque sin duda ellos dos fueron como ángeles en mi vida desde que los conocí en el instituto; de hecho, pasaba gran parte de mi tiempo con ellos, no solo para hacer tareas, sino para conversar o salir a comer juntos. Un par de veces me encontraron llorando en la hora de salida de clases porque mis pies no respondían bien, y automáticamente me ayudaron y trataron de animarme sin importarles perder el autobús para volver a sus casas. Realmente siento gratitud por haber conocido a personas tan buenas como Marcus y Julia.

Ese día, cuando las clases finalizaron vino a mi mente la carta que había guardado en mi bolsillo esa mañana. Recordé lo que Bastien me pidió que hiciera cuando llegara el momento por el que estábamos pasando. Por esa razón tomé un taxi que me llevó a su casa, toqué a la puerta y su madre me invitó a pasar sorprendida de mi visita; Adam también estaba ahí.

—¡Qué sorpresa, Debby! Justo ahora nos dirigimos al hospital, ¿te llevamos?

—Lo siento no sabía que estaban ocupados, solo que… mi tío me entregó una carta que Bastien escribió para mí. Junto con ella, él me dejó dos sobres para ustedes.

Automáticamente se los entregué. Adam abrió el que llevaba una dedicatoria para él… Eran miles de dólares en un cheque, la cantidad que Bastien le había robado para ir a su aventura por Alemania, India, China y Francia. Después de todo, él cumplió su palabra y devolvió a Adam cada centavo.

—¡Hijo mío! —exclamó su padre llorando en voz alta después de ver el dinero y la dedicatoria—. Cuando despiertes, este dinero será para que puedas construir la pequeña casa que tanto soñabas. Este dinero lo estaba ahorrando para ti, siempre fue tuyo.

Luego, dirigiéndose a mí, dijo:

—Perdóname por haber sido tan duro contigo, nunca supe cómo ser un buen padre con mi hijo, y cuando lo veía tan feliz a tu lado sentí envidia y celos. Creo que más que el dinero y todos los lujos, lo que mi hijo en realidad necesitaba de su padre era que pasemos tiempo juntos. Pero aún estoy a tiempo de mejorar y no solo llegar a ser un buen papá, sino también un mejor esposo con mi amada Ana.

Ambos se abrazaron muy fuerte mientras lloraban y se recordaban cuánto amor se tenían. Yo

no podía dejar de conmoverme y derramar lágrimas de alegría.

Luego de un momento, entregué a Ana el sobre que le correspondía. Era una fotografía de los tres: Bastien, Ana y yo, la cual nos tomamos el día que él ganó aquella competencia de pelea y horneamos un pastel con ella. En la parte posterior estaban escritas unas palabras, de las cuales solo logré leer: *"Juan 19:25"*.

Ella las leyó muy despacio y después me observó por un instante.

—Pase lo que pase, mi pequeña Debby, yo estaré contigo y nunca te abandonaré. Sé que jamás podré reemplazar a tu madre, pero en tanto me lo permitas, yo quisiera entregarte un amor como el de una madre a su hija. No sé si Bastien en algún momento te lo dijo, pero hace quince años yo perdí a una hija en mi vientre… Desde ese instante mi alma quedó profundamente herida y con un anhelo gigante de traer una niña al mundo, pero jamás lo logramos. En esta fotografía Bastien acaba de dar la respuesta a mi dolor: quizás mi pequeña bebé nunca vino a nuestra vida porque una niña llamada Debby tenía que llegar a ella. Pero aceptar este amor siempre será tu decisión y respetaré tu libertad.

En ese instante la respuesta era obvia, claro que acepté que Ana me abriera las puertas de su corazón de madre. Ambas sabíamos que nunca sería como Mónica, pero hoy en día nos llevamos demasiado bien y nos contamos muchas cosas y grandes secretos.

—Presiento que mi hijo despertará muy pronto y finalmente podremos reconstruir nuestra familia —continuó después de un largo instante mientras Adam la abrazaba.

—Quisiera pedirles algo —comenté—. Bastien también me dejó una nota donde dice que hay un objeto que él guardó para mí en la pista de hielo de su jardín.

—Está bien, mi niña, no te preocupes —respondieron ambos inmediatamente—. Nosotros iremos al hospital y tú te quedarás aquí y harás lo que tengas que hacer. Dejaremos la puerta de salida semiabierta, solo no olvides cerrarla completamente cuando termines.

Fue un gesto hermoso de su parte, me abrazaron y se fueron al hospital para ver a Bastien. Ese precioso momento que pasé con Ana y Adam lo llevo en mi corazón cada día de mi vida porque ella siempre me recordó a mi madre y después de ese día la sentí como tal. Mientras que Adam me enseñó con el tiempo lo mucho que un hombre puede mejorar por amor a su familia.

Después de que se marcharon, me dirigí a la pista helada de su jardín. En ella busqué y encontré una cajita de madera muy bonita en el rincón más alejado. Cuando la abrí se levantó la figura de una muñeca patinadora de hielo y comenzó a sonar una melodía muy agradable, es decir, se trataba de una cajita musical. Bastien me pedía en la nota que al abrir la cajita patinara al ritmo de esa música hasta que termine la cancioncilla, así que me coloqué los patines que estaban colgados en la entrada de la pista y comencé a patinar por última vez. Me deslizaba sobre el hielo y mientras lo hacía cerré mis ojos un momento y tuve una sensación similar a la primera vez cuando Bastien me invitó a patinar en la pista del parque.

Luego de unos segundos abrí mis ojos y vi a Bastien quien me sonreía en el borde de la pista… No lo podía creer, quedé paralizada observándolo. Él estaba usando sus patines y lentamente se acercó hacia mí, me miró a los ojos mientras tomaba mi mano.

—Bastien, ¿en verdad eres tú? —le pregunté de manera tonta e inocente.

—Debby… —me susurró suave y dulcemente al oído.

Me dirigió al centro de la pista y juntos empezamos a patinar. Cada movimiento que habíamos ensayado, cada sonrisa, cada caricia y cada beso se repitieron en ese momento.

¿En realidad él había despertado y ahora estaba conmigo?

CAPÍTULO XXIII
El final

Me sentía en pleno estado de éxtasis. Mi mente era un torbellino de ideas que me hacían temblar y al mismo tiempo me daban felicidad.
Después, de un momento a otro, Bastien ya no decía una sola palabra.

—Bastien, dime algo, mi amor. Él solo me seguía observando.

—¡Por favor, Bastien! Dime que esto es real —comencé a llorar con miedo de que no lo sea.

Me desesperé al ver que no decía nada y comencé a golpear suavemente y con resignación la parte delantera de sus hombros y pecho; en ese momento caí al suelo.

Estando derrotada, tomé un poco de hielo y con la mirada hacia abajo lo derretí en mis manos. Cuando levanté mis ojos, nuevamente no vi a nadie: estaba totalmente sola.

Todo fue tan real, tan verdadero y tan hermoso, pero en realidad todo fue falso. Mi maldita imaginación jugó conmigo.

Grité tendida en la pista con miedo e ira, por segunda ocasión volví a tomar hielo en mis manos y lo aplasté con todas mis fuerzas. Intentaba gritar más fuerte, pero un nudo en mi garganta lo impedía.

Me acerqué rápidamente a la cajita musical que Bastien había dejado para mí y de ella se abrió un pequeño cajón o compartimiento donde había un escrito. Lo tomé rápidamente como si fuera mi última esperanza de volver a ver a Bastien.

Querida Debby:

Quizá en este momento esté muerto. Créeme que intenté arreglar el asunto con esos sujetos tanto de manera incorrecta como correcta y tú lo sabes, tú sabes cuánto hemos planeado e intentado acabar con este capítulo oscuro para poder estar juntos nuevamente, pero la verdad dudo mucho que tengamos éxito en ello. No se lo he dicho a nadie, pero últimamente he sentido que esos tipos me buscan con más intensidad.

No sabes cuánto me duele dejarte así porque cuando más estaba aprendiendo a quererte, más problemas surgieron. Quiero que sepas que TE AMO, DEBBY SCHOLES, y no quiero que con mi ausencia tu vida se vaya al abismo; al contrario, me voy con la satisfacción de que te saqué más de una sonrisa y que entendiste que ver películas y deprimirte sola en tu habitación no era lo mejor. Sé que tu vida cambió y aprendiste a ser feliz, te volviste a encontrar contigo misma, ¡mírate ahora!, has vuelto a patinar como en los viejos tiempos. A pesar del problema de tus pies, superaste un gran obstáculo con valentía y amor.

Ahora quiero decirte que en la vida encontrarás muchos problemas, pero siempre hay esperanza, ¡sí existe esperanza para ti! Cuando no sepas qué hacer, sal y patina, y si tus pies te hacen caer rendida al suelo, pues levántate y vuelve a intentarlo. Vive tus sueños; no tengas miedo, cariño.

La verdad no sé si moriré o viviré, ¿y sabes?, tienes una gran suerte de que tu tío sea sacerdote. Pese a que no eres la persona más creyente del mundo, te aseguro que si buscas a Dios en tu vida Él te dará fuerzas para seguir adelante, y créeme que cuando lo encuentres hallarás

felicidad plena y sabrás que no estás sola. Recuerda que el Hijo del Hombre habita en el corazón de cada hombre y mujer todos los días hasta el fin del mundo.

Por último, quiero que sepas que en esta vida tú puedes elegir tu camino, tú puedes hacer que este mundo sea un verdadero infierno, lleno de males, sufrimientos y tristezas. Lamentablemente en un momento de mi vida no supe elegir bien y ahora estoy pagando las consecuencias. Pero déjame decirte que también tienes la oportunidad de hacer de este mundo algo hermoso.

Amor de mi vida, prometo luchar con todas mis fuerzas para estar a tu lado, pero venga lo que venga te pido que escojas el camino correcto. A veces he llegado a pensar que nuestra propia existencia es un pequeño adelanto del paraíso donde tú puedes encontrar la felicidad y, sobre todo, tú puedes caminar CON LOS PIES EN EL CIELO.

Tuyo siempre,

Bastien.

Cuando terminé de leer la carta, mi celular sonó.
Era Lucas.
—Debby, ven al hospital ahora.

EPÍLOGO

Todavía recuerdo sus palabras.

Una noche, Bastien me hizo una promesa muy especial, me dijo que haría todo lo posible para que un día pudiera contar una nueva historia de alegría en mi vida, una historia en donde la felicidad sea protagonista, una historia en donde yo pueda sentir que regresé a mi verdadera esencia, sin tratar de cambiar mi pasado ni el de mis padres. Pues él tenía razón cuando me aseguró que el pasado nunca podrá volver, sino que, si tenía fe, las cosas serían aún mejores de lo que fueron tiempo atrás. Ha pasado un año desde que leí la carta que Bastien escribió para mí. Yo creí en sus palabras, y desde aquel momento hice de cada día un intento por hacer que la corta vida que tengo en la tierra sea llena de amor, a tal punto que se asemeje al cielo.

Finalmente comprendí cada palabra que Bastien me dijo desde la primera vez que nos vimos. Comprendí un poco más sobre los secretos del amor y comprendí que aquel triste episodio que vivimos cuando él estaba en el hospital fue el aprendizaje más grande de mi existencia.

Bastien Fontaine salvó mi vida. Si no hubiese sido por su inspiración, jamás hubiera terminado la escuela; jamás hubiera conocido a Marcus y Julia; jamás hubiera encontrado un gran amigo en Lucas; jamás hubiera conocido la increíble historia de Cristóbal; jamás me hubiera reconciliado con mi tío Joseba; jamás hubiera sentido el amor de Ana y el cambio de Adam; jamás hubiera dejado ir en paz a mis padres Mónica y Charles; jamás hubiera experimentado los milagros de Dios aquel día cuando escuché a papá y mamá en el templo. Hoy sé que fue real, tan real como el amor que el Creador tiene hacia mí y hacia todas las personas de este mundo, pues al igual que Bastien lo hizo en Francia, yo también abracé el catolicismo en mi vida, o, mejor dicho, el catolicismo me abrazó a mí. Después de todo, quizás mi historia era parte de un plan del cielo. Y jamás hubiera tenido la confianza de salir al mundo y perseguir mis sueños. Me refiero a que dentro de unos minutos saldré a la pista para competir en la final del Campeonato Nacional de Patinaje Artístico sobre Hielo.

Mis pies jamás volvieron a ser como antes, pero nunca más fueron un obstáculo para lograr mis sueños. Comprendí que este mundo puede estar lleno de dolor, enfermedad, llanto y maldad, pero a pesar de ello podemos escoger ir contracorriente y vivir lo que es correcto. Al final, sé que un día volveré a ver a mis padres en el paraíso, pues esta vida es pasajera.

Se preguntarán qué sucedió con Bastien aquel día que Lucas llamó desesperado y me dijo que vaya al hospital. Lo cierto es que esa parte de la historia quiero dejarla en el corazón de quienes leyeron mi relato de principio a fin. Estoy segura de que su alma ya conoce la respuesta. Pero, ante todo, por más que tengamos destrozados nuestros pies o nuestra vida, estoy segura de que les llenará de alegría saber que todos podemos aprender a dirigir nuestros pies hacia el cielo, hacia la vida que no acabará.